



© Adolfo Muñoz Palancas  
© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"  
Diseño colección: Victoria Carpena  
Imprime: Yecla-Grafic, s. l.  
I.S.B.N: 978-84-933649-7-7  
Dep. Legal: MU- 65-2011



# La podredumbre y el mar

Adolfo Muñoz Palancas



El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Lourdes Ortega Puche, presidenta; Concha López Díaz, Anastasio Paredero Rodríguez, y Martín Martí Hernández, secretario.



*Para Obdulia Guirao Castroverde  
y Cesáreo Martínez Latorre.  
Por vuestro apoyo y ayuda inestimables.*





De todo comienza a hacer bastante tiempo.  
[...] Lejano y codiciable,  
el tiempo es territorio del que sólo  
regresa, sin sentido y demente,  
el viento sepulcral de la memoria,  
devuelto como un eco.  
Como devuelve el mar su podredumbre.  
Todas nuestras maletas  
reflejan la ordenación desvanecida  
de un viaje  
que siempre ha sucedido en el pasado.  
Y las abrimos  
con la perplejidad de quien se encuentra  
una maleta absurda  
en esa soledad de centinela  
que parecen tener las playas en invierno.

Felipe Benítez Reyes, *El equipaje abierto*.

«Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera».  
Antonio Machado

Las tres magníficas películas que visionan las protagonistas de este relato a lo largo del mismo son: *Blade Runner*, de Ridley Scott; *Memorias de África*, de Sydney Pollack, y *La tía Tula*, de Miguel Picazo.

«El cine...ese invento del demonio».  
Machado (de nuevo).



Siempre se echa a llorar al llegar a esta secuencia: Rachael, el personaje que interpreta Sean Young, le enseña a Harrison Ford unas fotos suyas en las que aparece de niña junto a su madre. Él, cínico, le describe con detalles sus recuerdos más íntimos y le dice que no son suyos, que son implantes copiados de otra persona; despojándola de un plumazo de todo su pasado. El *blade runner* le ofrece una copa para consolarla, pero los ojos de Rachael se humedecen y huye de allí.

Nieves se seca las lágrimas a manotazos y para el vídeo. Se enfada consigo misma por empeñarse en elegir esa película precisamente para despedirse. Piensa que quizá tenga razón su tía y sea masoquista. Y más considerando cómo está su casa: patas arriba. Las voces reverberan contra las paredes vacías y le produce desasosiego estar rodeada de cajas de cartón, con sus pertenencias dentro como peces agonizando en una red.

Para serenarse, vuelve a repasar su equipaje. Le asalta la duda de si su tía habrá colocado su suéter rojo de cachemir donde le dijo. Contempla las cajas de cartón: todas perfectamente alineadas, etiquetadas y rellenas de tal forma que podría elaborar un catálogo exacto de su contenido. Comprueba que el suéter está donde debe. Conociendo a su tía, no podía ser de otra manera. «Así que es verdad que te marchas», ha dicho cuando ha visto la casa en este estado, como si hasta ese momento no acabara de creérselo. Después, mientras doblaba una blusa le ha preguntado a quemarropa:

—Dime la verdad, ¿por qué te vas?

—Me apetece vivir cerca del mar —ha respondido

Nieves.

La ha mirado con desconfianza, como si tuviera la certeza de que mentía.

—¿Y lejos de mí? —ha continuado.

Nieves ha guardado silencio un breve instante, mientras terminaba de escribir la etiqueta.

—Ya te dije que te vinieras conmigo y, si no ahora, cuando quieras, las puertas de mi casa siempre las tendrás abiertas.

—Lo dices por cumplir.

—Piensa lo que te dé la gana.

Han continuado doblando los jerséis, sin añadir nada más.

Nieves recorre la fila de cajas que se adentra en el pasillo. La del extremo opuesto está coronada por el rótulo: “Cosas de mis padres”. La abre. Quita el embalaje de papel de periódico al objeto rectangular que está encima de todos. Es una foto de su madre con ella, de pequeña. La sujeta sobre su regazo, con las manos entrelazadas en su pecho. Nieves se busca en esa niña blanquita y mofletuda, con el pelo rubio recogido en dos moñitos a los lados. Su madre sonrío. Se llamaba Rosa. La foto muestra su pelo oscuro, su cara oblonga, la nariz larga y recta y la barbilla algo puntiaguda. Siempre le recuerda a esa actriz, Meryl Streep, pero sus ojos son oscuros y más redondeados. Por supuesto, le resulta imposible evocar el instante en que fue tomada la foto. Ni ése ni ningún otro con ella. No posee recuerdos nítidos de sus padres. Desaparecieron de su vida antes de que cumpliera los dos años. Todas sus percepciones sobre ellos son tan sólo fogonazos, de los que es incapaz de discernir si son reales, soñados, inventados o se trata, tal vez, de implantes como los de Rachael.

Denis pronuncia la primera frase, que debe servir a Karen como arranque de la historia prometida. Ella engarza las

palabras con seguridad, demostrando que es buena contando cuentos, tal y como le había asegurado. María recuerda cómo Nieves siempre se empeñaba en que ella se inventara los cuentos. No le valía, como a las demás niñas, que ella le leyera uno. Decía que los cuentos de los libros no eran especiales, mientras que los inventados sí. Además, no se conformaba con pronunciar la primera frase, como en la escena de Robert Redford y Meryl Streep, sino que elegía el espacio, el tiempo, los personajes y la trama. En realidad, podía decirse que la historia la inventaba ella y sólo buscaba a su tía para oírla en voz alta en otra persona, como para dotarla de una independencia que le otorgara verosimilitud. Buscaba de un adulto para ratificarla.

—Tía, vale que mi papá era un caballero y a mi mamá la habían secuestrado siete gigantes y que se la iban a comer y que papá llegaba y que los mataba a todos y que se casaban...

Y ella tenía que disimular un escalofrío e inventarse una historia que su sobrina ya había inventado, mientras era observada por los dos jóvenes de la foto que le sonreían vigilantes desde la mesita de noche, y vencer al cansancio y al remordimiento y enlazar una tras otra las frases bajo la implacable mirada de la niña, que la pillaba en la más mínima contradicción. Pues Nieves, como Denis, era experta en escuchar cuentos y la detenía en cuanto se equivocaba.

—Tía, ¿cómo que ella acariciaba su pelo negro? ¡Te he dicho que el caballero era papá!

Y ella sonreía y trataba de volver a concentrarse, y se preguntaba qué ocurriría cuando llegara el momento.

María retoma el hilo de la película; aunque le resultaría imposible perderlo, pues se la sabe de memoria.

«Las despedidas producen una extraña sensación — proclama la voz en off de Karen—, hay en ellas algo de envidia...»



Herminia se ha quedado hipnotizada por la imagen, en blanco y negro, de una corona de muerto en movimiento. La transporta un niño cuya cabeza no se ve, sólo sus piernas que se confunden con las tres patas de madera del soporte, como si se tratara de un extraño ser, mitad humano y mitad objeto, de cinco extremidades. Las ventanas y las cortinas se abren a su paso y la gente espía su recorrido, mientras se escucha el tañido a difunto de las campanas. La corona y el niño desembocan en una casa, donde mujeres de negro toman café y anís y cuatro velones limitan un féretro abierto, del que asoma el extremo del forro blanco de gasa. Los enterradores llegan con sus guardapolvos y sus gorras de plato, que se quitan ceremoniosamente al entrar. El marido se levanta del lado del ataúd para dejarles cumplir con su cometido. Lleva corbata negra y un crespón sobre el brazo de su gabardina clara. Todos los asistentes se agolpan alrededor del féretro y contemplan con avidez cómo los operarios apagan y retiran las velas, cómo le entregan al marido un pequeño objeto de la muerta, cómo colocan la tapa y cierran la caja y ponen las coronas encima y, por último, salen llevando el ataúd, seguidos de toda la comitiva, dejando el dormitorio vacío, menos una mujer joven, que se sienta en una silla hundida de pesar, que ha esperado a quedarse sola para dejarse abatir, mientras, sobre su mirada perdida, suena la música.

Herminia admira lo guapa que está Aurora Bautista, lo bien que le sienta el luto. Lleva una blusa negra, una cadena y una medalla dorada destacan sobre ella, la rebecca sobre los hombros. Qué envidia le dan las mujeres a las que les queda tan





bien. Es una suerte, sobre todo antes, que se tenían que pasar media vida de luto, aunque en su caso ha sido todavía más.

Le gustan los velatorios como toda la vida, en casa, con el ataúd abierto, que pueda una despedirse como Dios manda del difunto y éste de los vivos, hacerse a la idea de que sí, de que se va, de que no hay marcha atrás. El de su cuñada, la pobre, no pudo ser así. Lo que más pena le da es imaginársela allí, sola, sobre la mesa de mármol del cementerio, la mesa de autopsias en la que destripan a los muertos, y lo mismo ocurriría con su hermano, que a ver para qué, que qué más querían saber, como si no fuera bastante. “Al menos dicen que no sufrió, mejor así.” Le hubiera gustado tanto hacerles ese último favor, dejarlos tan guapos como eran para que se despidiesen de todos. Ella, que tantos muertos ha amortajado, no pudo hacerlo con los más cercanos. Da un suspiro y dice: ¡Qué tristeza de vida!, en voz alta, mientras se limpia una lágrima con el pañuelo.

Esta noche, Herminia se ha quedado hasta más tarde sentada al fresco con sus vecinas en la calle, pues la temperatura invitaba a ello, por lo que toda su rutina se ha trastocado. Tenían una conversación muy animada, pues dos de ellas habían decidido apuntarse al viaje del IMSERSO a Canarias, cuestión que a Herminia le ha parecido un disparate. «Pero cómo se os ocurre, a vuestra edad, tal y como estáis de las piernas, marcharos tan lejos y, encima, hasta montaros en un chisme de esos, con la de veces que se caen.» Ella no suele viajar, prefiere quedarse en su casa. «Además —se dice—, ¿qué hago con el perro?» Después, han continuado hablando del pasado, recordando y contando los mismos trozos de vida de siempre.

Cuando ha entrado en su casa, no ha podido evitar encender el televisor. «Sólo diez minutos», se ha dicho. Normalmente, a esta hora, lleva ya un rato en la cama. Se ha





hecho el silencio en la casa, sólo esporádicamente quebrado por el ruido de una moto o un coche que se cuele por la ventana que da a la calle o por los ladridos del chucho, que se desgañita contra los gatos que van de correría por los tejados. Pero predomina el silencio y ella puede escuchar su propia respiración asmática, que la pone nerviosa y no la deja dormir. Ella que se quejaba de los ronquidos de su difunto marido, que estaba convencida de que ésa era la razón de su insomnio, hace ya años que descubrió que se bastaba a sí misma para desvelarse y contempla, noche tras noche, los movimientos lentos de las manecillas fosforescentes del despertador.

La única forma de dormir de un tirón es tomarse la pastilla, pero no le gusta hacerlo porque, aunque le provoca un sueño pesado que borra todos los ruidos, no le permite soñar, y no le gusta dormir sin soñar, pues eso, piensa, debe ser justo como estar muerta, y sí que es cierto que descansa más, que se levanta como nueva, pero cuando sueña puede hablar con los que ya se han ido, y no es que vea fantasmas, ve a sus muertos vivos, tal y como eran o, a veces, incluso, como habrían sido de no haberse marchado tan jóvenes. Habla con ellos, retoman las conversaciones que dejaron a medias, su marido le pregunta qué va a hacer para cenar, como si tal cosa, o su hermano le pide que se esmere bien en plancharle la camisa, que hoy se casa, o su cuñada le dice que no se preocupe, que no pasa nada, que son cosas que ocurren, con una sonrisa. Y Herminia le pregunta si ya no le guarda rencor, y ella sigue sonriendo y le responde que no.

Cierto que, alguna que otra vez, no son tan amables y se enfadan, y le hacen reproches y hasta le gritan, y se despierta a la tres de la madrugada con un sabor a bilis en la boca y ya no se puede dormir. Enciende el transistor para intentar serenarse un poco, para que las voces metálicas de los vivos relajen los







brincos de su corazón, para que la onda media de Radio Nacional, con su sonido que parece venir de tan lejos, con sus silbidos y carraspeos como chiribitas de ruido, serene la madriguera de su viejo costillar y le diga qué es el presente, qué es la realidad.

Nieves continúa observando la foto en la que aparece de niña junto a su madre. Establece de nuevo las comparaciones entre su tía y ella: su tía es como una versión fea de su madre. María misma lo proclama a menudo: «Tu madre era la hermana guapa y yo la lista». Su pelo es más escaso e indomable y suele llevarlo demasiado corto. «No tengo tiempo para cuidarme una melena», repite continuamente. Encima, se lo tinta ella, con resultados desastrosos. Su nariz también es grande (característica de ambas que Nieves también ha heredado, a su pesar), pero con la punta más escorada hacia abajo. Además, siempre pliega los labios como en un gesto de desagrado, «de asco», como siempre le apuntaba Nieves cuando tenían una de sus tormentosas discusiones. Sin embargo, tiene unos ojos oscuros y vivos, bonitos diría, y cuando se lo propone y sonrío (lo que hace desaparecer ese gesto), su rostro puede resultar hasta agradable. Para Nieves su tía es una mujer inteligente, autodidacta y mojjigata; que estudió de chiripa, hija y nieta de modestos agricultores que sabían leer y escribir y poco más; una mujer que escucha las arias de María Callas con una taza de té humeante entre las manos, rodeada de bloques de edificios de cemento manchados de polución, de parquezuelos en los que crecen jeringuillas y botellas rotas, de gritos de reproche y desesperación en multitud de idiomas; una mujer



sensible que cierra los ojos al apoyar los labios sobre la porcelana caliente y deja que esa voz desesperada y tan hermosa la atravesase y la haga conmovirse hasta su último poro y llorar como una Magdalena, y que no exista nada más.

Fue ella quien la crió. No dudaría en afirmar que fue su verdadera madre y que al principio todo iba bien. Sólo después, cuando comenzó a ir al colegio, Nieves se dio cuenta de que no era como los demás niños. Cuando le preguntaban por sus papás y ella respondía, todos la miraban con pena, aunque hasta el momento tampoco los había echado tanto en falta, al menos que recuerde. Repetía el “están muertos” mecánicamente, como su nombre y apellidos, sin darle importancia. Su tía la colmaba. Por entonces, sus padres eran esa misma foto, en la que sólo aparece su madre con ella, sobre la mesita de noche junto a una postal de la Virgen y un Niño Jesús de escayola. Pero en la clase de párvulos los niños empezaban a hablar de sus papás y Nieves no tenía qué contar de los suyos. Tuvo que ser por entonces cuando preguntó a María, por primera vez, que por qué no había en su mesita una foto de papá o, mejor, de los tres juntos. Ella le contó que al quemarse la casa se perdieron todas, que la que allí tenía la consiguió de casa de los abuelos. «La próxima vez que vayamos al pueblo intentaré buscar una en la que esté él», le prometió. Uno de aquellos domingos que regresaron de casa de los abuelos María le dijo: «Tengo una sorpresa para ti». Sacó de la maleta una foto algo arrugada. En ella se veía a su madre muy joven, no tendría más de quince o dieciséis años, agarrada al cuello de un chico no mucho mayor, rubio, de ojos grandes y sonrisa hermosa. Nieves la miró entusiasmada. «¿Este es mi padre?», preguntó. María le sonrió y asintió. Al día siguiente buscaron juntas un marco para la foto. Nieves lo eligió: uno precioso de madera clara con flores pintadas en una de sus esquinas. Y esa foto veló sus sueños a partir de entonces.



María se acerca hasta la ventana y la abre. La golpea una bocanada de aire ardiente. “Qué calor, incluso de noche”. Se enciende un Ducados. Escucha los gruñidos de un ciclomotor con el escape trucado, los gritos y carcajadas del grupo de adolescentes que tiene tomados los bancos del decrepito parquezuelo entre los bloques. Distingue la débil luz titilante y azulada en el ventanal del salón del piso de Nieves. Está, de nuevo, viendo la tele a oscuras, con la de veces que le habrá regañado por eso.

—Te vas a quedar ciega —le advertía.

—Así se ve mejor. Es como el cine —replicaba.

Apura el cigarro a base de caladas largas y continuas. Cierra la ventana y coloca cuidadosamente las cortinas.

María va hasta la estantería donde una docena de fotos muestra la metamorfosis de Nieves de los dos a los treinta años, condensando su vida en unos instantes, como cuando se muestra en un documental, a cámara rápida, cómo cambia el color del paisaje con las estaciones, cómo se levanta un edificio, o cómo la naturaleza desintegra el cuerpo de un animal muerto, en tan sólo unos segundos. Algunas de esas fotos fueron tomadas en momentos especiales (cumpleaños, comuniones, etc.), otras son instantes triviales privados del olvido, conservados en formol. María mira la primera de ellas en orden cronológico. Nieves, casi un bebé, mira a la cámara con miedo, es la única en la que no sonrío. María siempre se empeñaba en que sonriera, aunque tardara dos horas en conseguir la foto o, incluso, renunciara a ella; pero eso fue después. María recuerda cómo pasó de no parar de llorar, de





gritar mamá y papá por las noches, a llamarla Tita y asumir la mayoría del tiempo la situación con mucha más naturalidad que ella. Repasa, de nuevo, las fotografías una a una: sólo en dos aparecen juntas; María siempre tenía que situarse al otro lado de la cámara.

Vuelve a sentarse en su esplendido y cómodo sillón. Sitúa sus pies sobre el mullido escabel a juego y continúa con la película. Es una maravilla contemplarla en esta tele. Es su último capricho: un enorme televisor de plasma que le ha costado un dineral, pero que merece la pena. Es como volver a verla en el cine. Desde que hace quince años cerraron el cine que había cerca de su casa, apenas ha pisado uno. Hace un par de años abrieron unos multicines en el centro comercial, pero le pillan lejos. Tiene que coger el coche y le da pereza y, además, le da miedo que le den un susto al regresar tarde. “Con una tele así, quién necesita ir al cine”, se dice. Por ella ha tenido que renunciar a un viaje este verano con sus amigas, pero no le importa. Nunca ha aprovechado su condición de soltera para viajar, como hacían otras compañeras suyas. Primero, porque tenía a Nieves; después, porque le costaba encomendarle a alguien sus plantas, sus peces, el canario e, incluso, en cierta ocasión tuvo un gato, que le desapareció, quizá quiso huir de su lado como su sobrina.

Contempla a Karen y a Denis en su viaje en coche por una inmensa llanura africana, rodeados de enormes y fieras criaturas, de una soledad luminosa y seductora, las cenas en mitad de la selva, a la luz de las hogueras, en las que no falta ni un detalle (el mantel y las servilletas, la vajilla, la cubertería, las copas y las velas), con la música del gramófono, los brindis con vino, cómo hablan un lenguaje exquisito e ingenioso, cómo inventan cuentos, recitan versos, con ese profundo amor en sus miradas, en sus risas.





—Me gustaría besarte —proclama Robert Redford.  
Sus rostros se funden en un hermoso beso en la penumbra.

—Si dices algo ahora, lo creeré —confiesa Meryl Streep.

A Herminia siempre le cuesta apagar el televisor, pero cuando ve que van a llegar las doce en el reloj que descansa encima del aparador, se siente impelida por un sentido del deber más fuerte que la pereza de apagar el aparato y llegar hasta el dormitorio. Le sigue costando trabajo acostumbrarse a que al hacerse tan tarde siga habiendo tele y no te obliguen a dormir, como antes, cuando la programación se acababa anunciada por el himno nacional y la imágenes del caudillo y de su familia o, después, del rey, y luego la carta de ajuste, y todos sabían que había que marcharse a la cama, que al día siguiente había que levantarse e ir a trabajar, que no se podía una quedar hasta las tantas viendo la tele, como si tal cosa, y gastando luz.

Pero esta noche ha sido distinto. Ha empezado una película en blanco y negro, lo cual ha evitado, como muchas veces ocurre, que se le solape una película con la anterior, sin saber dónde empieza una y dónde acaba la otra. Dichosa manía —piensa— de no poner anuncios entre medias o dejar los letreros, como hacían antes. Además, lo del blanco y negro siempre la pone alerta, pues le hace dudar si se ha roto el televisor o se ha quedado dormida y, de nuevo, ha retornado al pasado.

“Y, por si fuera poco, la película ha empezado con un duelo, un duelo como debe ser, de los de toda la vida. Y no como el de la pobre Petra, que se lo hicieron en un tanatorio



de esos, que más parecía un hospital, como si a la pobre la fueran a operar en lugar de estar ya muerta, ese sitio tan grande, tan frío, con la paredes cubiertas de baldosines verdes y las sillas de plástico y hasta había un bar, con maquinitas que despachaban chocolatinas y bolsas de patatas fritas, y allí la tenían, separada de todos por un cristal, como si fuera el género de la carnicería. “¡Jesús, yo no quiero eso para mí!”

Herminia retoma el hilo de la película. Tula retira el mantel de la mesa, permanecen sentados el padre y sus dos hijos. Hay un silencio hiriente en ese salón-comedor de clase acomodada de los años sesenta, de una ciudad de provincias, que es apenas importunado por el acarreo de la vajilla, por el platillo y la taza de Ramiro, el viudo, que apura su café. El silencio siempre sigue a las desgracias, después de los llantos llega él, amargo, insoportable. Por eso Herminia cuando no tiene puesta la tele, pone la radio, pero el caso es ahogarlo. Prefiere, incluso, los molestos ladridos del perro.

Tula, Aurora Bautista, lleva puesta una bata sin mangas sobre el luto, a cuadros blancos y negros. «Esta tarde es el último rosario», anuncia.

La niña empieza a sollozar, con su cabecita sobre los brazos, que apoya sobre la mesa.

—Papá, Tulita —avisa el niño y le señala a su hermana con el gesto.

—Avisa a la tía —dice el padre.

—¡Tía! Tulita está llorando.

Tula se sienta, toma a la niña y apoya su cabeza contra su pecho. La acuna, meciendo su cuerpo para atrás y para adelante, una mano en el cuerpo de la pequeña y la otra en su mejilla, apretándola contra ella.

—Calla..., tonta mía..., bonita.

Sigue con su vaivén rítmico, cubriéndole el rostro de besos.



—Mañana mismo vas a volver al colegio... No llores, anda..., y Ramirín también..., y a ser muy aplicados..., y cada nota que saquéis hará que Mamá sonría desde el cielo. Dios nos ayudará a todos. Ya lo veréis.

Le seca las lágrimas. Herminia no puede evitar que a ella también le broten al ver a Tula consolando a esa cabecita con sus dos moñitos a cada lado, al contemplarla acariciando su cabello, mientras la sigue meciendo. Cuánto hubiera dado ella por poder tener sobre su regazo a su sobrina aquellos días y quitarse la pena dándole besos, sintiendo el calor de ese cuerpecito sobre su vientre yermo y, después, al verla crecer, tener una razón para sonreír, a pesar de las desgracias, para pensar que la vida sigue, que algún fruto siempre queda; pero las circunstancias no le dejaron tan siquiera ese consuelo. Ella aceptó quedarse sin la chiquilla, se convenció de que era lo mejor.

Me encantaría tener coraje para volcar en el contenedor de basura estas cajas de recuerdos, con una sonrisa, pero yo no soy así. Ésta era la ocasión perfecta. Tengo la excusa de la mudanza, la dificultad de llevarme tantas cosas. Mas, al contrario, no puedo privarme de su presencia ni unos pocos días y las desembalo y vuelvo a embalar una vez tras otra. La mayoría de estos objetos de mi madre estaban en la casa de mis abuelos en el pueblo. De allí mi tía me ayudó a ir recolectándolos, los días que íbamos a visitarlos. Ella me contó que mis padres murieron porque su casa se quemó. Afortunadamente, yo estaba en casa de los abuelos y por eso me salvé.

Saco la alianza de mi madre, el único objeto que tengo





y que sé que la acompañó en su muerte. Me viene perfecta en mi anular derecho, nuestros dedos tenían que ser idénticos. Desde niña me apasionaba ver cómo nuestros rasgos son una mezcla aleatoria de los de nuestros padres e intentaba buscar de quién había sacado cada uno. Estaba claro que mi cara alargada y mi nariz eran de mi madre, pero mis ojos no.

—Tía —le preguntaba—, ¿de quién he sacado los ojos azules, si los de mi madre y mi padre eran oscuros?

—Debió ser de tus otros abuelos —me respondía, sin hacerme demasiado caso.

A mis abuelos paternos no los conocí. Murieron antes de yo nacer. Así que con esa respuesta me conformaba.

Al quitarme el anillo, contemplo la palma de mi mano, la cicatriz en forma de estrella entre la línea del destino y la de la vida. Me viene a la cabeza algo que he olvidado poner en el interior de esta caja. Voy hasta el armario, busco en un rincón oculto tras el cajón, de allí saco un mechero azul. Es vulgar, del tipo que se regala como propaganda. De hecho, lleva escrito en letras negras el nombre de una estación de servicio de un pueblo perdido.

No me era suficiente con tener esos objetos que habían pertenecido a mis padres, necesitaba conocer la historia vinculada a los mismos. Si eran un regalo de cumpleaños, de Reyes o de boda, o si habían sido comprados porque sí, si eran un capricho, un raptó espontáneo de gusto o de ternura. Le exigía a mi tía que me lo contara todo sobre ellos. «Pues mira, estos pendientes se los regaló la abuela» o «esta pulsera fue un regalo de tu padre cuando se hicieron novios», me explicaba ella con paciencia. Hacía lo propio con las fechas. Casualmente mi cumpleaños es el veinticinco de diciembre, por lo que le pedía una y otra vez que me contara cómo había sido aquella particular Nochebuena. Ella repetía la historia añadiendo más







y más detalles por mis incansables preguntas. «Tu madre se puso de parto esa tarde, así que pasamos la noche en la habitación del hospital, cenando los bocadillos de chorizo que trajo la abuela. En vez de villancicos tuvimos los suspiros y ayes de tu mamá. Ella decía: *No, si esta Nochebuena seguro que no se nos olvida*. Y, aun retorciéndose por los dolores, seguía con su humor y sus bromas. ¡Qué mujer!»

Pero, a pesar de coincidir con mi cumpleaños (o precisamente por eso), las nochebuenas no eran especialmente alegres. Mi tía y yo íbamos hasta la parada del autobús a buscar a mis abuelos. Aguardábamos dentro del coche en marcha, para evitar el frío atroz, hasta que llegaban. Durante la cena todos hacían esfuerzos titánicos para parecer alegres, aunque a veces a la abuela se le escapaban las lágrimas, pero de inmediato mi tía la disuadía con una de sus miradas feroces. En esos días me mostraba arisca, respondona. Recuerdo que mi única pelea en la escuela fue con siete años, el día que nos daban las vacaciones de navidad. Una niña me dijo en clase: «Los Reyes son los padres». «¡Cómo van a ser los padres!», repliqué yo ofendida y furibunda. Y sin hablar más empecé a darle de tortas hasta que consiguieron separarnos. Sólo fue esa vez, pues yo era muy formalita, era como las hijas de las maestras, aunque no fuera más que sobrina.

Me dirijo hacia la ventana del salón. Se me hace raro verla sin cortinas. Tengo la sensación de asomarme desnuda. Éste es el barrio en el que me criado. Mi tía vive sólo dos bloques más allá. El colegio, en el que trabajo, está apenas a veinte minutos andando. De noche su aspecto es menos deprimente. Se hacen invisibles las fachadas de cemento renegridas, los enjambres de antenas, las galerías y balcones atestados de ropa tendida o de cachivaches arrumbados. Sólo se ven las lucecitas de las ventanas que salpican aquí y allá, y las



farolas macilentas disimulan los setos y los árboles descuidados que delimitan los edificios. Éste fue siempre un barrio humilde, un barrio obrero que se decía antes. Mi tía dice que ahora da miedo salir con tanto inmigrante, pero cuando yo era niña tampoco lo hacíamos. Entonces era por los yonquis y los gitanos. Vivíamos en un apartamento de dos dormitorios. Tenía una preciosa habitación a la que mi tía no permitió que le faltara ni un detalle, incluidas unas cortinas de color rosa claro. Todavía recuerdo la bronca que tuvimos cuando, siendo adolescente, me empeñé en cambiarlas y ella se negó; pero de cría me encantaban. Mi tía devoraba libros sin parar y a mí me contagió ese vicio. Ponía su música (le encantaban los cantautores o la música clásica) y nos sumergíamos cada una en nuestro libro, en silencio. Casi a diario, pasábamos por el videoclub, ella elegía su cinta y yo la mía. Las películas me gustaban tanto o más que los cuentos. Y así pasábamos el tiempo, metidas en nuestra pecera, contemplando o leyendo las historias ajenas.

No íbamos a menudo a ver a los abuelos al pueblo y, cuando lo hacíamos, regresábamos en el mismo día, no importaba que llegáramos a casa de madrugada. Más de una vez, le pedí a mi tía que me llevara a ver la tumba de mis padres, pero ella respondía que no, que tiempo tendría, que los cementerios no eran sitio para los niños, que mejor recordarlos con las fotos que con una lápida con su nombre encima. No sólo no me dejaba visitar el cementerio, sino que no salíamos en absoluto de casa de los abuelos. No paseábamos por las calles, ni me permitía jugar en el parque que había a la entrada del pueblo, cuyos columpios y toboganes me llamaban a gritos cada vez que llegábamos. Invariablemente respondía: «No, mi vida, hace frío» o «es que hace demasiado calor» y me consolaba diciéndome que en casa de los abuelos podría jugar todo lo que quisiera.

Los libros, las películas y las canciones disparaban mi imaginación, y me inventaba aventuras en las que solía incluir como protagonistas a mis padres, y que me representaba con mis muñecos o con cualquier otro chisme, fuera cojín o cuchara. Mas necesitaba información, requería información.

—Tía: ¿a mis padres les gustaba bailar?

—Supongo que sí.

—Pero ¿bailaban mucho? ¿Qué bailaban? ¿Bailaban vals?

A ella no le hacían gracia tantas preguntas. Me contestaba de mala gana o se escabullía diciéndome: «Ay, déjame leer tranquila y deja a los muertos en paz».

Me fastidiaba sobre todo que me faltaran tantos detalles de mi padre. En la foto que tenía estaba sentado y no sabía cómo era de alto. Hubiera dado tanto por tener otra en la que apareciera con más edad. Me lo imaginaba usando sombrero y gabardina, aunque mi tía decía que ya entonces no se llevaban los sombreros, pero a mí me encantaba verlo con él terciado, como en las películas en blanco y negro. Y sin conocerlo lo añoraba. No podía evitarlo. No tenía necesidad de madre, pues allí estaba mi tía para contarme los cuentos, para tranquilizarme si tenía alguna pesadilla por las noches, para cuidarme cuando enfermaba o, incluso, cuando tuve mi primera regla, pero echaba en falta a mi padre. Me habría encantado que mi tía se hubiera casado con cualquiera de esos amigos barbudos que fumaban Ducados, como ella, que tantas veces en grupo venían al piso para hablar de política, de libros o cine. Pero mi tía no solía salir con ellos a solas y, si lo hacía, los despachaba rápidamente. «Bastante tengo contigo», se justificaba.

Sin embargo, todos mis deseos por ver cómo era mi padre de mayor se hicieron realidad, porque cierto día contemplé cómo sería con cuarenta años. Fue el día en que vi a un fantasma.

Íbamos hacia el centro, de excursión con el colegio, a visitar el museo de Ciencias Naturales. Yo ocupaba un asiento al lado de una ventanilla cuando, al parar en un semáforo, descubrí a mi padre esperando para cruzar. Iba muy bien vestido, con un traje gris oscuro y una corbata roja. Tenía una cartera en una mano y en la otra un periódico doblado. No era muy alto. En su rostro se notaban los años pasados con respecto al muchacho de la foto y tenía entradas, pero estaba segura de que era él: los mismos ojos, la nariz, la boca... Me puse en pie, con el corazón que se me salía, y lo seguí estupefacta en todo su recorrido por el paso de cebra hasta que se convirtió en una espalda gris más y anónima.

—¡Nieves, siéntate! —me gritó la maestra y no fui capaz de replicar.

Cuando llegué por la tarde a mi casa no podía contenerme.

—Tía, he visto a mi padre.

Ella se puso pálida, casi no atinaba a hablar.

—¿Estás loca? —dijo al fin.

—¡Que sí! ¡Que lo he visto en un semáforo cuando íbamos en el autobús! Igual que en la foto, pero mayor.

—Pero, hija, eso es que te habrás confundido, que habrás visto a alguien que se le parecía. El mundo está lleno de gente y todos tenemos alguien que se nos parece, un doble, vaya. Anda, déjate de historias y lávate las manos, que te voy a preparar la merienda.

Pero yo estaba segura de que era él. Tenía ese palpito. Aunque los verdaderos fantasmas aparecieron después, de improviso, mucho más aterradores que todos los que imaginara de niña.



Mi tía María es una mujer con carácter, yo también lo tengo, quizá por eso a partir de mi adolescencia nuestros enfrentamientos se hicieron cada vez más frecuentes y empezamos a distanciarnos. Sin embargo, sería ridículo achacarlo a los clásicos conflictos generacionales, pues, en nuestro caso, la raíz fue mucho más singular y trágica. La ruptura definitiva fue en la Nochebuena de mi decimoctavo cumpleaños. Recuerdo que mi abuela se pasó toda la noche sollozando, pero esta vez nadie la reprendió, pues ya no había lugar para el disimulo. Mi tía no me hablaba, ni yo a ella. A la mañana siguiente dejaría de ser mi tutora legal y yo tendría una cuenta con algún dinero a mi nombre para largarme. Unas amigas, que estudiaban conmigo, me habían ofrecido una habitación libre y todas mis pertenencias yacían dentro de cajas (como ahora) en un rincón del salón. De forma premeditada las había colocado allí, visibles, en lugar de dejarlas en mi habitación (como habría sido lógico), para restregarle a mi tía mi marcha todo lo que pudiera (y en especial en una noche como ésta), sin que me importara herir de paso a mi abuela.

El arranque de ese punto final había sido tres años antes, en el funeral de mi abuelo. Durante el velatorio observé cómo una mujer se asomaba discretamente desde la puerta que daba a la calle. La puerta del zaguán estaba abierta y yo sentada a su lado, al comienzo del recibidor. Me había ido allí huyendo del mareante olor a flores que había en el dormitorio, donde mi abuelo estaba amortajado y dentro de su caja, y del lloriqueante rezo del rosario que mi tía, mi abuela y las otras mujeres no dejaban de machacar. En el salón estaban los



hombres y todo colmado de humo de tabaco y voces atronadoras. Aquél era el único rincón donde podía estar más sola y más cerca del aire fresco de la calle. Ella entró. Era una mujer de unos cincuenta años, con el pelo mal tintado y despeinado y los ojos claros. Se me quedó mirando con mucho descaro y, tras dudar un instante, me habló: «¿No serás tú la Nieves, la pequeñita?». Asentí y ella se me tiró encima y empezó a darme besos. «No sabes quién soy, ¿verdad? Soy tu tía Herminia». Como siguió viendo la duda en mi expresión, lo aclaró: «¡La hermana de tu padre!».

En ese preciso instante salió mi tía. Al descubrirla se fue hacia ella furiosa.

—¡Fuera de aquí! ¡Ten vergüenza y márchate!

—Ella también es mi sobrina. ¿Es que no puedo saludarla?

—Mi padre está de cuerpo presente. Así que, por respeto, vete.

—Yo sólo estaba saludándola...

Mi tía la cogió del brazo y se la llevó a la calle. Contemplé atónita su gesto crispado, cómo la zarandeaba. Cierto que ella puede tener mal genio, que enfadada es temible, pero nunca la había visto tan fuera de sí. Tampoco la otra mujer se dejaba amedrentar y le respondía a gritos. Por un momento, pensé que llegarían a las manos. Del dormitorio donde estaban las mujeres y el comedor donde estaban los hombres empezaron a asomar cabezas, a oírse cuchicheos. Entonces apareció mi abuela llorando, y corrí a abrazarla.

Al día siguiente, antes de regresar a Madrid, mientras mi tía y mi abuela dormían, saqué la guía de teléfonos del taquillón y busqué en las páginas del pueblo mi apellido. Aunque había bastantes, sólo uno llevaba al lado la inicial H. Apunté el número. Por el camino intenté que mi tía me



explicara, pero ella se limitaba a decirme que sí, que ya me explicaría, pero en su momento. Se veía agotada, mas yo insistí. «¡Te he dicho que ahora no!», me gritó, tan alterada que creía que nos íbamos a salir de la carretera.

Pasaban los días y ella continuaba dándome largas.

—Cuando llegue el momento te lo contaré todo, pero ten compasión, ¿no ves que acabo de perder a mi padre?

—Al menos tú lo has conocido —le repliqué.

—Te aseguro que tú no te has perdido nada —me soltó.

Quise continuar con aquello, que me aclarara por qué había dicho eso, pero se escabulló hacia su dormitorio, dando un portazo.

Todo quedó en silencio, pensé que mi tía se habría tumbado un rato. Marqué el número.

—¡Ay, hija, que alegría me da oírte! ¿Cómo estás?

—Bien... Escuche, Herminia. Me gustaría que me explicara... que me contara algo de mi padre.

—Pero es que él no quiere que te diga dónde está. Yo lo siento, niña, pero no quiere.

En ese momento sentí que todo mi mundo saltaba en pedazos, que la vida era tan sólo una broma, una broma de mal gusto que alguien me estaba gastando.

—¿Qué quiere decir? ¿Es que mi padre no está muerto?

—¿Muerto? Ay, hija, ¿quién te ha dicho esa mentira?

Justo en ese momento, apareció mi tía y colgué.

Me dijo que había venido en el autobús, ella sola, ya se sabe cómo son los críos a esa edad, que le había dicho cómo llegar hasta mi casa una mujer a la que había preguntado en la plaza.



—Pero ¿no sabe la Mari que venías aquí?

—Le he dejado una nota —me contestó ella.

—Entonces, ¿no te ha dado permiso...? ¡Huy, hija mía!

Tiene que estar muy preocupada. Voy a llamarla. Dime el teléfono.

—No, tía, no quiero que la llame.

—¡Cómo que no! Tú sabes lo mal que lo tiene que estar pasando.

—He venido para que me hable de mi padre.

—Bueno, pero primero voy a llamarla. Pasa y siéntate en la salita.

Me puse las gafas y marqué el teléfono que ella me dijo, pero no contestó nadie. Por si acaso, busqué en el listín que tengo allí. Yo tenía el teléfono de cuando antes, así que si no lo había cambiado... Era el mismo número que la chica me había dicho. Volví a llamar: nada.

Cuando regresé con ella, vi que estaba clavada delante de las fotografías que tenía sobre el aparador.

—Tía, ¿es éste mi padre? —me preguntó pálida, con los ojos como platos, señalando la foto en la que aparecía de madrina junto a él, el día de su boda.

—Sí, claro —respondí con tranquilidad—. Mira qué guapo y buen mozo.

—No puede ser.

La miré sorprendida.

—Que sí mujer.

—¡Que no! —dijo nerviosa, a punto de echarse a llorar, mientras yo la miraba pasmada.

Ella recorría los otros retratos en los que estaba él, como comparando: uno de cuando era chico, otro de la mili y hasta uno de carné, que me había mandado reciente. Yo no sabía qué decir.



—¡Que no, que tengo una foto suya y no es así!

—No te entiendo. Él es así.

En ese momento llamaron a la puerta. Al abrir descubrí la cara descompuesta de la Mari.

—Está aquí, ¿verdad?

—Sí —le contesté.

—Dile que salga.

He de reconocer que no me gustó la forma en la que me lo dijo, aunque ya estaba acostumbrada a sus malas formas, pero no iba a consentir que me hablara así en mi casa.

—Oye, ha venido porque ha querido. Ella sola. Y no sé exactamente qué le habrás contado que no reconoce ni a su padre.

—Ni falta que hace. ¡Dile ahora mismo que salga! —me gritó rabiosa.

—También es mi sobrina —le repliqué.

—¡O la sacas ahora mismo o llamo a la Guardia Civil!

Yo estaba dispuesta a encontrarle un padre. Se lo había prometido. Al principio, pensé en alguien anónimo, que sólo aportara un físico y nada más, en el mismo estilo de cuando me convencí de que tendría un hijo, aunque estuviera sola, y para ello no dudaría en acostarme con el primer desconocido que me gustara. Podía conseguir una foto de ésas que acompañan a un marco, pero esa idea me parecía absurda pues qué ocurriría si Nieves descubría el retrato de su padre en algún escaparate o si un día la sacaba y resultaba un recorte de revista o una copia estándar. Necesitaba un hombre que pareciera especial, pero real, en una foto cuya textura y grosor no resultase sospechosa,



de alguien con pinta de padre, de buen padre, capaz de convencer a Nieves, demasiado lista y suspicaz para un engaño sencillo. Tenía un amigo que trabajaba en una tienda de fotos. Podía llevarme alguna de ésas de modelos circunstanciales que se exhiben en las vidrieras de los establecimientos o de las olvidadas, de las que nadie recogió, el rostro anónimo de algunos de esos novios, soldados o muchachos que posan con su primer traje, que se sacan una foto para sus novias, o para sus madres o para el carné de identidad. Mas quería que el rostro que contemplara a Nieves desde su mesita de noche fuese especial y, entonces, me acordé. La guardaba entre mis álbumes, aunque le dije a mi sobrina que la había encontrado en la casa de sus abuelos. Era una foto en la que Rosa, su madre, estaba con Ricardo, su primer novio.

Se la robé muchos años antes, cuando yo estaba locamente enamorada de él y acababan de hacerse novios. Recuerdo la primera vez que bailó conmigo, cuando yo tenía sólo once años, en la verbena de las Fiestas. Ya entonces estaba coladita por él, con todo el candor y platonismo propios de esa edad. Solía verlo los domingos en la misa de once. Yo lo contemplaba desde la otra fila de bancos. A la salida, separados por una brecha de edad insalvable, cada uno se sumergía en un universo diferente. Yo podía, como máximo, jugar un rato con mis amigas en la plaza y tenía que estar a la una en casa; él iría a los billares o, incluso, a tomar un vermouth. Entre semana nunca lo veía, porque estudiaba en la capital, sólo tenía ese rato, en la iglesia, para empaparme de él; pero con eso me bastaba para soñar.

Sin embargo, la noche del baile había podido acceder al mundo de los mayores y era feliz. Mi hermana había aceptado que saliera con ella y había intercedido hasta conseguirlo pues, en esos días, las normas se volvían mucho





más laxas. Me puse mi mejor vestido, dejé que mi hermana me peinara durante horas y, sin que se dieran cuenta nuestros padres, me pusiera colorete, rímel, sombra de ojos y carmín. Me miré sorprendida y cohibida en el espejito que Rosa llevaba en su bolso. Jamás me he vuelto a ver tan guapa.

Él se acercó hasta nosotras por mi hermana. Era la más guapa de todo el grupo, pero no era tan sólo por eso. Ya entonces me había percatado de que Rosa tenía éxito con los chicos, pero no sabía hasta qué punto, ni conocía de sus artes en el flirteo: su aparente ingenuidad, su sutileza, sus miraditas y gestos candorosos, cómo sonreía más que hablaba y se reía cada dos por tres, de una forma sonora y contagiosa. Todos la adoraban, deambulaban en torno de ella como insectos alrededor de una lámpara. Ricardo bailó conmigo porque Rosa lo dispuso así, pues estaba ocupada en ese momento con otro muchacho más guapo y vio cierto indicio de aburrimiento en mi cara, cierto peligro de que quisiera marcharme a casa y la arrastrara con ella. Ricardo aceptó porque, seguramente, sabía que tenía que intentar colarse por la puerta de atrás, seducirla no frontalmente, sino a base de subterfugios de caballerosidad, gentileza y educación, de ser un “buen chico”, vamos.

Durante años le seguí dando vueltas a la razón por la que mi hermana tenía tanto éxito. Sí que es verdad que era guapa, pero no para tanto, ni mucho menos. No era Grace Kelly, ni Brigitte Bardot. Sabía, desde la noche del baile, que era por ese candor que exhibía, por esa vulnerabilidad tan femenina, por esa simpleza fingida, por ese punto en su forma de desenvolverse que, aunque yo veía como excesivamente dulzón, parecía volver locos a los hombres; cualidades todas que nunca conseguiría imitar.

Sin embargo, lo que me hizo montar en cólera fue que, entre tantos pretendientes, Rosa, al final, eligiera precisamente



a Ricardo, que, encima, consideraba que no era, para nada, su tipo. Sí que era guapo, pero no encajaba en la figura del galán temerario, arrebatador y apasionado por el que ella suspiraba y le brillaban los ojos cuando leía las novelas de Corín Tellado o escuchaba los seriales de la radio. Ricardo era un muchacho racional, sensible y al que le encantaban la música clásica y los libros y que, a menudo, le decía que no podía salir porque tenía un examen. Cuando ya eran novios y él se quedaba estudiando, Rosa se marchaba por ahí con sus amigas al cine o de paseo, ante el enfado monumental de mi madre.

—¡Qué poca vergüenza tienes! —le recriminaba.

—Pero ¿qué tiene de malo que salga? Además, él me anima —se justificaba Rosa.

—Pues entonces es que ni es novio ni nada. ¡Menudas se las gastan los hombres de ahora! —sentenciaba nuestra madre.

En cierta ocasión mi padre la sorprendió en el baile de carnaval sin Ricardo y le soltó un bofetón tremendo, delante de sus amigas. Rosa regresó a casa llorando y así continuó toda la noche. Yo escuchaba sus sollozos desde la cama de al lado, en silencio, sintiendo cierto remordimiento por alegrarme. También me llegaban, desde la salita, las voces de mis padres discutiendo.

—A esta chica lo que hace falta es que la metan en vereda, y ese novio suyo es demasiado blando —se quejaba a gritos mi padre.

—¡Y tú por qué te tienes que meter! Si dice que la deja el novio salir... pues será verdad —le regañaba mi madre.

—El día que se case, que él ordene, pero mientras ella esté en mi casa, mando yo, y lo que yo digo es que no está bien, no está bien, y punto.

No obstante, al día siguiente no había ningún resto de



pesar en Rosa, era como si no hubiera pasado nada, como si fueran gajes del oficio, sólo hizo un mohín de disgusto al comprobar que había perdido un pendiente en el lance. Y luego, durante años, contaba aquello divertida, arrancando las risas de todos a los que se lo refería, incluida yo, por más que lo repitiera una y otra vez. «¡Jo, menuda torta me dio mi padre! ¡Si hasta vi chiribitas!» Y nos teníamos que reír, porque era única cuando se ponía graciosa, cuando contaba anécdotas o chistes o cuando le tomaba el pelo a la gente y la gente picaba, porque como ponía esa cara de ingenua se pensaban que hablaba en serio y, mientras, guiñaba un ojo por detrás a sus amigas o a mí y nos tronchábamos después.

—Entonces, madre, si una se baña en el agua sucia, así como la del río, se puede quedar una en estado, ¿no?

—Hija, ¡cómo va a ser eso!

—¡Que sí! Que lo he oído en la radio. Además, no ve usted que los chicos que allí se bañan hacen guarrerías dentro... pues ahí queda.

—Pues no sé. Yo había oído de las sanguijuelas, pero que yo sepa...

—Que sí. Que por eso todas esas que van al río vuelven cargadas.

Mi madre la miraba sin saber qué pensar, si era realmente tan simplona o se burlaba de ella, para entonces yo ya estaba en la habitación de al lado revolcándome de risa, pues no podía disimular más, pero mi hermana continuaba, tensando la cuerda hasta el absurdo, manteniendo su carita hermosa, sincera y boba.

Siempre me he preguntado cómo con ese humor que tenía pudo acabar con alguien tan lúgubre y amargado, y mira que durante años quise que lo dejara con Ricardo, con la absurda idea de ocupar su lugar. Recuerdo cómo al principio



me enrabetaba con ella por cualquier cosa, a pesar de los castigos de nuestros padres, pues ella era la mayor y se me exigía respeto. Pensaba, cosas de cría, que el estar con él era sólo por hacerme la pascua, que no era justo, que yo lo había visto antes, y lloraba y lloraba. Nieves se mostró muy paciente e intentaba sonsacarme. «¿Qué te pasa, Mari? Vamos, dime qué te pasa». Pero nunca se lo confesé, mas no hacía falta. «Sé por lo que es, pero él es muy mayor para ti, ¿no crees? Ya encontrarás alguien de tu edad». Yo la miraba con odio, no soportaba esa condescendencia con que me trataba. Habría preferido que se peleara conmigo o que fingiera, como hacía con los demás, que también ante mí se mostrara trivial y voluble, en lugar de intentar consolarme. Que me derrotara, lo asumía como inevitable, pues era mayor y más guapa; pero es que, encima, quería mi beneplácito, que le pusiera buena cara, que le hiciera de confidente y, quién sabe, de cómplice, pues muchas veces me obligaban a acompañarlos, de carabina, ya fuera al cine o en sus paseos.

Conforme crecí, me di cuenta de lo ridículo que era pensar que mi hermana había elegido a Ricardo por rivalidad o por malicia y, aunque nunca abandoné del todo mi resentimiento, la perdoné. Busqué otras razones para justificar cómo dos personalidades tan dispares habían acabado juntas. Podía ser por lo de la atracción entre opuestos o porque ella era guapa y todos le iban detrás y él escribía unas cartas preciosas. Tuve ocasión de, a escondidas, sacarlas de la caja de puros donde las guardaba Rosa y leerlas. Eran tan hermosas y románticas que me hicieron llorar. Ricardo le escribía, al menos, dos cartas por semana y siempre alguna especial cuando tenía que estudiar y no podía salir, aunque mi hermana se quejaba: «el tiempo que pasa escribiendo la carta podía gastarlo conmigo». Mas, cuando lo pensaba detenidamente,



no me resultaba tan extraña su unión, pues el pueblo estaba lleno de parejas disparejas que, aunque quizá a la fuerza, seguían unidas hasta la muerte, ya fuera por la atracción entre opuestos, por el azar o porque no había mucho donde elegir. Yo misma me preguntaba si aceptaría, como otras muchas, a cualquiera, llegado el caso. Pero tampoco entonces me acuciaba esa pregunta, tenía otros asuntos en la cabeza, quería seguir estudiando y no sabía si lo conseguiría (pues mis padres no estaban por la labor), mas si lo lograba, seguro que allí encontraría al hombre de mi vida, el mundo debía de estar lleno de ricardos.

Yo también sé lo que es quedarme huérfana, como los niños de la película, tener que crecer rápido y tirar para adelante, porque no hay más remedio. Mi padre murió cuando yo tenía cuatro años y ni siquiera llegó a conocer al hijo que heredaría su nombre y poco más. El tufo en la bodega se lo llevó sin que nadie se enterara, ni él mismo. Se derrumbó sobre el escobón con el que limpiaba la tinaja, sobre una cama de paja hasta el final; pero murió dulcemente, quizá fue el único en generaciones que lo hizo sin dolor. Tengo la imagen, como si lo estuviera viendo ahora mismo, de cuando lo amortajaron. Fue el primer hombre que vi desnudo. Las mujeres lo lavaban con una esponja y lo afeitaban. Me acuerdo de cómo le destacaba el vello, tan negro, contra la piel, de los agujeros de su nariz, grandes y oscuros como pozos. Mi madre me pilló mirando: «¡Herminia, vete de aquí!», me chilló, pero yo ya lo había visto todo. Después, nada más cumplir los once, una pulmonía se la llevó a ella y me quedé sola junto a mi hermanillo, que aún no





tenía los ocho.

Nos fuimos a vivir con una tía, la hermana pequeña de mi madre. Ella ya tenía cinco hijos, todos más pequeños que mi hermano. Siempre he pensado que no pude tener hijos porque todos esos niños me dejaron seca, que tantos críos con tan poca edad me chuparon. Fue como cuando una tierra nueva, recién roturada, se cultiva sin cabeza y queda estéril para siempre. Tanto cambiar trapos, lavarlos en la pila, tanto pelear en las comidas y limpiarme con el mandil los trozos escupidos o el vómito, tanto vestirlos, desnudarlos, acostarlos y cantarles nanas por las noches, regañarles, besarlos, vigilarlos, pasar la noches en vela cuando tiritaban de fiebre; que me sequé. Después, bien que me arrepentí de las veces que renegué de tanto crío, de los juramentos que hice de no tener ni uno, de las maldiciones y sentencias en voz baja y en voz alta. Por eso Dios me castigó. “Tú tranquila, que no vas a tener que aguantar más chiquillos”, seguro que pensó. Y así fue, dicho y hecho.

Tampoco puedo decir que mi tía fuera mala, ni mucho menos. Yo ya estaba acostumbrada a ayudar a mi madre. Bien chiquita me subía a una silla, pues no alcanzaba al fregadero, porque ella se pasaba el día cosiendo para que pudiéramos comer. Además, estoy segura de que no me trataba peor de como lo habría hecho con una hija propia, si fuera la mayor. Había que trabajar, éramos muchos y había que aportar algo. Mi propia tía, la pobre, no descansaba ni un instante, por lo que, a mí, me gustaba tener tareas que hacer y que mi tía me viera los ardiles pues, ya que nos habían recogido, qué menos. Cada vez que acababa, le pedía más. Pero, por desgracia, con tantas obligaciones, no estuve lo suficiente encima de mi hermano, ni tan pendiente como era mi obligación, ni lo arrullé, ni consolé como hacía mi madre, que en paz descanse,







a pesar de que sólo me tenía a mí. Así pasa, que creció salvaje como un animalillo.

Él siempre se mostraba huraño. Nunca habló mucho, la verdad es que tardó bastante en hacerlo, hasta los cinco años apenas usaba cuatro palabras, y casi todo lo decía o pedía con gestos, gruñidos, llorando o, como máximo, diciendo: «¡eso, eso, eso!»; pero cuando nos fuimos a vivir con los tíos, todavía menos.

Estaba siempre murrio. No paraba de pegarle a los primos y tanto yo como mi tía de pegarle a él. «¡Como se lo digamos al tío, te vas a enterar!» —le amenazábamos. Pero parecía que le daba igual que le regañaras o pegaras. Tampoco es que se revoliera; ni abría la boca, pero te miraba fijamente, con ese brillo de rabia que ya tenía en los ojos, con ese gesto, que no era sólo de enfado o mala leche, sino además de rencor, de estar resentido con todos y con todo.

Mi tío sí que tenía mal genio, sobre todo cuando iba bebido, pero aun sereno siempre estaba de mal talante. Podía armarla por cualquier tontería. No soportaba que nadie le llevara la contraria. En cuanto algo se le torcía, se ponía a blasfemar y se liaba a palos con lo primero que tuviera cerca: animales, cosas o personas; no había nadie a salvo de su furia. Cuando estaba en casa, todos poníamos los cinco sentidos en tratar de darle gusto, en no meter la pata y molestarlo. En la hora de la siesta el silencio era absoluto, a pesar de que en la casa había seis niños (pues yo ya no me incluía en esa cuenta), ni las chicharras se atrevían a hacer ruido.

Gerardo, mi hermano, por supuesto, también lo obedecía, pero era el único que no lo temía, y eso era una locura. Se atrevía a mirarlo de esa forma torcida suya, a pesar de las palizas que le costó, y no se amilanaba. Aguantaba en silencio la granizada de golpes e insultos y mi tío sólo conseguía





que, como un animal terco, agachara la cabeza, que por un instante desviara los ojos hacia el empedrado. Lo único parecido al llanto que brotaba de él era un respirar fuerte y algún puchero, que se le quedaba en puertas. Sólo se desahogaba cuando conseguía llegar al rincón más escondido de la cuadra, cuando se encajaba entre las alpacas apiladas y allí se hacía un ovillo, lejos de todos. Si me atrevía a ir a buscarlo a su rincón, él, hecho un energúmeno, echando espuma por la boca, con el puño cerrado y amenazante, me mandaba que me largara; y si se me ocurría acercarme, no era raro que tuviera que esquivar algún trasto que me lanzaba, el que primero tuviera a mano, ya fuera un cubo o una hoz.

No recuerdo ver a mi hermano llorar cuando murió mi madre. Allí estaba él con la camisa blanca y el corbatín negro, de esos que se enganchaban al cuello con un elástico, tan repeinado, tan serio, con su gesto hosco, en la puerta de la calle con los hombres. Cuando, por fin, vino la tía a por nosotros, se puso hecho una furia. Me intenté acercar y él venga insultar y pegar patadas y puñetazos. Entre mi tía y yo conseguimos sujetarlo, mas Gerardo consiguió escaparse y se tiró al suelo y allí pataleaba y gritaba, hasta que se cansó y nos lo pudimos llevar en brazos.

Cuando con once años el tío consiguió que el mayoral le diera trabajo ayudando con el ganado, a mí me dio mucha pena, pues sabía que tendría que quedarse en el caserío, que no iría más a la escuela; pero él no estaba triste, al contrario, cuando se marchó iba tan contento y hasta tuvo un gesto amable conmigo. No me dio un beso, pero cuando vio las lagrimas en mis ojos, puso su mano sobre mi hombro, mientras me decía: «Tú no te preocupes, mujer, que sé cuidarme».

Se pasaba la semana entera en el monte. A veces, no venía ni el domingo. A partir de entonces, ni cuando estaba





calmado se dejaba aconsejar, pues me miraba simplemente como mujer, y eso limaba los años entre nosotros, yo sería la mayor, pero él era el hombre. Llevaba pantalón largo, ganaba su jornal, bebía, fumaba y alternaba con los gañanes. Ya era muy tarde, ya no tenía nada que enseñarle.

Cuando muchos años después se echó aquella novia, se lo advertí, aunque, según él, eran tejemanejes de mujeres. Pero aun así le insistí, temerosa de que le hicieran daño, porque, aunque lo veía ilusionado y más persona, me daba miedo que le pasaría si ella lo dejaba.

—Pero no te da no sé qué, que haya tenido un novio durante tantos años —le decía.

—Me ha preferido a mí y punto. Eso es lo que hay.

—Mira que sois muy distintos, que el otro novio que tenía es de gente bien y tú eres pobre —le avisaba.

—¡Qué dices! Más dinero tengo yo que el otro, que ni convidarla podía.

—Yo sólo sé que quien hace una, hace un ciento. Así que ándate con ojo, a ver si luego te va a dar la patada y se va a ir con otro mejor.

—Eres mala y envidiosa. Si te pinchan, sale veneno.

—¿Por qué? ¿Por decir la verdad? ¿Que se la ve muy orgullosa? ¿Que le gusta mucho la calle y alternar con unos y con otros?

—¡Ten cuidado con lo que hablas, mujer, a ver si te voy a dar un tortazo! —me amenazaba con el puño en alto, fuera de sí.

Y yo me avenía a callar, aunque por la noche rezaba para que mi hermano se echara otra novia, una chica formal que lo cuidara y entendiera, porque sabía que él era particular, que no iba a ser feliz con esa otra, que no le iba a traer más que disgustos.





Sin embargo, a pesar de que intuía que no estaban hechos el uno para el otro, nunca pensé que mi hermana dejaría a Ricardo por un tercero, sino que, como máximo, se darían cuenta de sus incompatibilidades una vez casados, que la frustración llegaría después; pero que se soportarían como hacía la mayoría de la gente y punto. ¡Mira que dejar a Ricardo por el Mohíno! Nunca lo habría imaginado y ninguna de sus amigas tampoco, porque si había un mote en el pueblo bien puesto, era ése. ¡Siempre con esa cara de mala leche, de resentido! No se juntaba con nadie en particular. No tenía panda de amigos, como todos los de su edad. Sólo se le veía con hombres mayores que él, con algunos pastores, con los típicos borrachos, renegados de sus familias, de esos que se gastan el jornal en beber y dejan que sus familias pasen penurias, y con su tío Braulio, en cuya casa se había criado, porque era huérfano, y que tenía todavía más mala sombra que él. En las fiestas del pueblo, era de los que se solían emborrachar y liarla. Más de una vez acabó en el cuartelillo y los guardias le dieron dos tortas. Ni siquiera tenía una moto buena, sino una Mobylette Campera, en cuya parte trasera llevaba unas alforjas, de esas formadas por un esportillo a cada lado, para meter los utensilios de la faena o los almuerzos. Era guapo, eso sí, los ojos grandes y claros, el pelo muy oscuro y algo largo, que le cubría las orejas y la nuca, con la raya en medio, la cejas espesas, a punto de juntarse, las patillas largas y anchas; además, era alto y fuerte, parecía una versión salvaje de Alain Delon; pero iba siempre hecho un adán, la ropa era de la que se estilaba diez años antes y la llevaba agujerada y sucia, con la camisa abierta





hasta abajo, mostrando un pecho cubierto de una densa maraña de rizos oscuros sobre el que brillaba una cadena y un crucifijo de oro.

No sé exactamente el momento en que mi hermana empezó con él, pero el desenlace fue en junio, un fin de semana que Ricardo no vino porque estaba estudiando.

Reconozco que me habían llegado algunas insinuaciones, ya se sabe cómo son los pueblos, es imposible guardar secretos; pero como la gente era tan maliciosa y dada a los chismes, no hice caso, hasta que yo misma la sorprendí hablando con él.

—¿Qué hacías hablando con el Mohíno? —le pregunté con un tono de voz lo más neutro posible.

—¿Es que no puede hablar una con la gente, es que no puede una ser simpática? —me respondió muy desairada.

Su reacción no me pareció muy natural.

—Pero ya está, ¿no? —continué, no sin cierta insidia.

—¿Qué quieres decir? —me gritó muy enfadada.

—Nada —dije yo, bajando la cabeza.

A partir de ese momento, tuve la mosca tras la oreja, pero por entonces yo también estaba de exámenes y apenas salía, por lo que me era difícil volverla a sorprender, además, es cierto que mi hermana solía coquetear con los hombres por diversión, sin que ello implicara nada en absoluto. Así que la creí... hasta ese fin de semana.

Ese sábado por la tarde, mi padre volvió del casino antes que de costumbre. Llegó muy alterado y empezó a hablar con mi madre a voces.

—La he visto. La he visto. En la moto con el Mohíno. Enganchada a él. Iban por las calles de atrás, pero la he visto. ¿Eso también es normal?

—No, si al final va a ser verdad.





—Ves. ¡Tú tienes la culpa! Tanto dejarla salir sin el novio... ¡Mira! Pero ésta se va a enterar. ¡Yo le quito la golfería a palos!

Yo intenté seguir estudiando, en la habitación que compartía con mi hermana, mientras los dos discutían y la esperaban.

En cuanto apareció todo fueron gritos. No me atreví ni siquiera a asomarme. Mi padre le gritaba zorra, puta y cosas por el estilo. Sonaban los golpes de cinturón. Escuché los lamentos de mi hermana, sus súplicas, su llanto. Mi madre en esos momentos intentaba interceder, se guardaba sus recriminaciones para más tarde, que serían tan crueles o más, aunque no comportaran castigo físico.

Volví a escuchar los sollozos de Rosa desde mi cama. De nuevo, como aquella noche de carnaval, miraba hacia la pared, fingía estar dormida. De nuevo, no me incorporé para tratar de consolarla, para preguntarle, con inocencia fingida, qué te ocurre, para dejarla llorar sobre mi pecho, para secarle las lágrimas y decirle: «Tranquila, todo pasa». No hice nada de eso porque yo también estaba furiosa. Me decía que jamás le perdonaría lo que le había hecho al pobre Ricardo, que la odiaba, que todos los golpes que le dieran se los merecía.

Esta vez no contó a nadie lo sucedido, al menos que yo sepa, no bromeó sobre el asunto, sino que lo enterró para siempre. Tiempo después, intenté hablar sobre ello, quizá para disculparme, pero ella cambió de tema, con esa sutileza que la caracterizaba, y yo no me atreví a insistir. Todo lo sucedido en ese punto de inflexión de su vida lo guardó en secreto, no sé si por remordimiento o por pudor, pues gran parte de ese candor que exhibía no era fingido, sino real.

Se pasó toda la mañana del domingo sin salir del dormitorio, escribiéndole una larga carta a Ricardo. No sé con





cuanta sinceridad le contaría lo sucedido, pero fue definitiva. Él le escribió una carta más, la última, que yo no pude leer porque Rosa no la guardó junto a las otras, supongo que no la quiso conservar.

Estuvo castigada en casa, sin salir, casi dos meses. Si intentó ponerse en contacto con el Mohíno, lo desconozco, pues yo era la última persona a la que se lo encomendaría. Si tenía que hacer algún recado, mi madre la acompañaba. La vigilaban todo el rato. Les dolía que lo hubiera dejado con Ricardo, pero mucho más que hubiera posado sus ojos en semejante individuo, pues, como ya he dicho, en el pueblo era un indeseable. Para colmo, Ricardo terminó la carrera ese mes y, de inmediato, se colocó magníficamente. No lo volví a ver por el pueblo.

En una de las largas tardes de ese verano en que nos sentábamos en el patio, a la sombra de la parra con la labor, mientras escuchábamos la radio, y no estaba mi madre delante, por fin, me atreví a preguntarle.

—Ricardo es muy buen chico y yo lo quiero mucho, pero me he enamorado de Gerardo —me confesó.

Ahí fue donde me enteré de que el Mohíno tenía nombre, que se llamaba Gerardo.

«Me voy al pueblo. Quiero que Herminia me cuente la verdad sobre mi padre. Sé que está vivo.» Esa fue la nota que me encontré encima de la mesa del salón. Había tenido que regresar a casa a media mañana porque no me encontraba bien. Llevaba varias noches sin dormir, entre lo de mi padre y lo de Nieves estaba exhausta y hasta había vomitado. Tenía la certeza





de que todas las mentiras piadosas sobre las que habíamos sido felices se venían abajo. Contar la verdad era inevitable, siempre lo había sabido, mas no por ello había dejado de torturarme la idea de tener que hacerlo. Y ahora el momento había llegado. ¿Cómo se le cuenta algo así a una niña? Pero leer la nota fue un jarro de agua fría. “No. Eso no —pensé—. Que sea Herminia quien se lo cuente, eso es lo último.” Y salí corriendo hasta el coche.

Nieves quería saber la verdad sobre su padre. Ojalá lo hubiera podido borrar del todo y sustituir por otro, pero para siempre y no sólo durante unos pocos años como conseguí. Habría dado mi vida por ello.

Cuando llegué al pueblo fui directamente hasta la casa de Herminia. Dejé el coche atravesado en la calle y llamé a la puerta con desesperación. Al abrirme Herminia vi que aún le quedaban arrestos, que me plantaba cara, y me dije: “Dios mío, ya se lo ha contado”. Nieves se montó en el coche y comprendí que no, que apenas, que todavía no sabía lo peor. Tenía que decírselo en el camino de vuelta. No podía permitir que Herminia lo hiciera.

«No se trata sólo de que sea un monstruo porque la mató, sino de cómo lo hizo». Mi tía me hablaba a gritos. Las últimas sílabas se le escapaban con un tono de chillido histérico. En su discurso me miraba durante unos instantes eternos, olvidándose de la carretera. Yo callaba. Se notaba que no quería que la interrumpiera. Me daba cuenta de que quería soltarlo todo de un tirón, de que había estado demasiado tiempo reteniéndolo y ahora saldría de forma súbita, como un estallido, como un







vómito contenido. Mientras, me limitaba a mirar por la ventanilla, dándole la espalda. El paisaje nublado y ocre del invierno en ciernes pasaba veloz ante mis ojos. “Si miras por la ventanilla, te marearás”, me decía de pequeña. Ahora, quería que fuera verdad, marearme y dejar de escucharla, que las suaves ondulaciones del campo me hipnotizaran y me arrancaran de aquellas palabras y de aquel coche. «Llegó a su casa y ella no estaba. La acechó tras la puerta del salón y cuando llegó..., la golpeó con la piqueta en la cabeza, cobardemente, por la espalda, sin mediar palabra. Pero no quedó ahí la cosa... encima la abrió de piernas..., y le metió el astil de la piqueta hasta el útero. ¡Ése es tu padre!»

Años después, en la hemeroteca, encontré un ejemplar de “El Caso” en cuya portada había una foto de mi madre muerta. En ella se veía en la parte superior un charco de sangre con el que parecía fundirse su pelo. Su rostro estaba de cara al suelo, hacia dentro, como cuando metemos la cabeza bajo la almohada, quizá buscando un último resto de intimidad. En primer plano estaban sus piernas abiertas, la falda subida, los muslos blanquísimos y, asomando entre ellos, la punta metálica de la piqueta. A su lado aparecía una foto de mi padre con el gesto hosco y la barba crecida. En el periódico leí que después de hacerlo se quitó el mono, se lavó, se cambió de ropa y fue a entregarse al cuartel. Allí les contó lo sucedido a los guardias con tanta tranquilidad que ni tan siquiera lo creyeron. Tuvo que insistir y acompañarlos hasta su casa para convencerlos.

Hace poco, en Internet, en uno de esos portales dedicados a crímenes, he encontrado esa misma foto en blanco y negro de mi madre muerta. Se contaba más o menos la misma historia, bajo el título de “El asesino de la piqueta”.



Después de contármelo, la relación con mi tía se fue deteriorando aún más. A menudo discutíamos sobre sus embustes. Ella se justificaba, «¿Tú crees que podía soportar tener en mi casa una foto de mi hermana junto a su asesino, verlo al ir a darte las buenas noches al lado de tu cama, que tú le hablaras y le dieras besos? ¡Después de lo que hizo! Más valía que lo creyeras muerto y que adoraras la foto de otro. Sí, te conté mentiras, pero eran mentiras piadosas. Por supuesto que pensaba contártelo, quizá he tardado mucho, pero me dolía demasiado, además, ¿cómo se le cuenta a una niña algo tan horrible?».

Mi tía intentaba rehuir el tema, que para mí era el único tema. Yo la machacaba sin tregua. En cierto modo, ahora, la compadezco, pues no hay nada peor que un adolescente monomaniaco. Yo quería saber más y más, y en especial, una cuestión que me laceraba profundamente: el porqué. Ella siempre contestaba que porque era un monstruo violento y celoso, que además bebía, pero yo ya no me fiaba de ella y estaba convencida de que me ocultaba algo. «¿Hizo algo mi madre?», le pregunté en más de una ocasión. «¡Qué iba a hacer! —me respondía furiosa— Aguantarle, eso es lo que hizo. No marcharse a tiempo». Pero yo continuaba con mis sospechas y le preguntaba si es que estaba con otro. «¡Eso es mentira! ¿Quién te lo ha contado? ¿No habrá sido esa bruja de la Herminia? Seguro que no fue ella la menos responsable de calentarle la cabeza. Tu madre, la pobre, no estaba con nadie. La mató porque quiso, punto».

Regreso a la película. Contemplo cómo un Harrison



Ford apaleado escupe sangre sobre el lavabo. Se ha quitado la camisa. Tiene unos brazos fuertes. Siempre me han gustado los hombres de brazos fuertes, nervudos, no excesivamente musculosos, pero sí marcados. Aunque llevo siglos sin salir con nadie, así que ni fuertes ni débiles. Tiene gracia, yo que siempre me había fijado como objetivo estar con alguien y tener hijos, así me veo, como mi tía, justo lo que toda la vida he temido. Quizá sea por deformación profesional, ya que, cada vez que intento salir con alguien, me temo que voy con el boli rojo en ristre: no paro de anotar mentalmente todo lo que no me gusta, de corregir. O quizá por eso que dicen de que algunas mujeres no se casan porque no encuentran un hombre como su padre. Me río de mi propia ocurrencia.

Rachael observa las fotos que Harrison Ford tiene en su piso. Su pelo es oscuro y largo, lo lleva recogido atrás y muy cardado sobre la frente. Me encanta su maquillaje. Siempre me han dado envidia las mujeres que pueden transformarse así. No hace falta ser actriz para conseguirlo, mi vecina de al lado lo hace, se da una maña increíble para sacarse partido. Yo, en cambio, soy un desastre, me dejo hecha un adefesio. Sé toda esa teoría que cualquiera puede leer en las revistas de la peluquería, qué sombras le van bien al color de mis ojos, cómo intentar disimular mi nariz, el lápiz de labios más adecuado... pero es como quien conoce los ingredientes de una receta y, sin embargo, nunca le da el punto al plato.

Rachael empieza a tocar el piano. Después, muy lentamente, suelta su pelo. Él la besa. Ella intenta escapar, pero él la retiene y, con rudeza, la besa de nuevo y la abraza, mientras suena el “Love Theme” de Vangelis.





Ramiro, el padre, recorre el pasillo con una camiseta blanca de tirantes. Se cruza con Tula, que lo mira con asco.

—Oye, Ramiro, procura otro día cuando vayas al baño ponerte la camisa del pijama, que pueden verte los vecinos.

—Pero Tula, si aquí en el pasillo no me ve nadie.

—Mira, Ramiro, vamos a ser claros, es a mí a quien molestas andando así por la casa.

¡Qué guarros son los hombres! Me acuerdo de mi Paco, que en paz descansa, que se paseaba por toda la casa en calzoncillos y que se los cambiaba porque yo se lo decía. Con ese olor a pies, a sobaco, a cuquillo, con el aliento apestando a vino, a tabaco. ¡Qué asquerosos! Me acuerdo de su olor cuando se acostaba a mi lado. Porque vestido, vaya que vaya, pero cuando se desnudaba por las noches... Y menos mal que no paraba de lavarle la ropa, que me dejaba los nudillos frotando, y gastaba lejía para tirar por alto. Cada vez que se me ponía encima, me daban arcadas. ¡Y cuando me tocaba... con esas manos ásperas como la arpillera! Me aguantaba, no decía nada, pero prefería los sábados que llegaba tan borracho que se quedaba dormido y ya está, lo desvestía y punto. Desvestir a un borracho es como amortajar a un muerto, incluso más fácil porque está menos tieso, claro, aunque también se puede despertar, si le haces daño, y darte un sopapo. Ésa, por cierto, era también una buena forma de que no me buscara. Si sabía que había estado ayudando con un difunto, ni se me acercaba, prefería irse a dormir a la cuadra.

Una vez que me levantó la mano, le dije que tuviera cuidado, que había muchos muertos que me debían un favor





y ya se encargarían de hacérselo pagar y, el muy tonto, se lo creyó y se largó asustado. Pero no era mal hombre, un poco asqueroso, como todos, pero no era malo, aunque le gustaba beber y no era muy espabilado, que bien que le estuvo engañando con los jornales su padre toda su vida. «Cuidame —le decía— y te pondré bien guapo cuando te mueras.» Él me miraba con terror y salía corriendo.

La verdad es que cuando me casé con él no lo quería, bueno, ni después tampoco, aunque sí que le cogí aprecio y mucha pena que me dio cuando se me murió, tan joven.

Denis le lava el pelo a Karen. Sus manos trabajan la mezcla de cabello, jabón y agua con un exquisito esmero; con el amor, entrega y eficacia de un escultor inspirado; y, mientras tanto, le recita versos. Ella sonríe. Después, Denis vierte el agua de la jarra sobre la cabeza inclinada de Karen, para aclararla. Ella la recibe con los ojos cerrados, con la boca ligeramente abierta, como quien espera un beso. Sus párpados se abren y lo mira: su rostro oculta el sol, pero éste rodea su contorno con un resplandor dorado. Él sonríe, satisfecho de su obra, de esa forma que le arruga los pómulos a ambos lados, y dice:

—Perfecto.

Me sé de memoria esta película, ésta y otras cuantas más, sin las que creo que no podría vivir. Tengo que confesar que soy, como tanta gente, una adicta a la tele, aunque me considere de una casta superior porque veo películas buenas, en lugar de culebrones. ¡Qué le vamos a hacer! La televisión es el opio de los solitarios y las películas, en particular, el de los solitarios soñadores; pero sólo las mujeres somos tan tontas como para ponernos películas para llorar.

La verdad es que, como en mi casa, no estoy en ningún sitio, sólo aquí me relajo. Mi sobrina dice que me vaya con ella, pero no soportaría estar una temporada larga lejos de aquí.





Además, cada una tenemos nuestras manías, ya nos conocemos, y temo que nos volveríamos a tirar los trastos a la cabeza. La echaré de menos, pero no pienso vivir con ella. Yo aquí, en mi hogar, rodeada de mis muebles y cachivaches, que con tanto amor he ido juntando y de los que me siento orgullosa.

Un frágil avión amarillo surca el cielo, mientras suena el tema central, destacando contra las verdes praderas y los meandros de río. Después sobrevuelan las cataratas de Thomson y el cráter del Longonot. Manadas de búfalos y cebras corren despavoridas a su paso. Sobre el lago Turkana aparece una mancha rosa, formada por millares de flamencos que alzan el vuelo a su paso. Karen y Denis se cogen de la mano entre las nubes.

Conozco esos lugares, sus nombres mágicos, aunque no haya estado allí y, a estas alturas, ya no creo que vaya. Durante años me dije que, si me casaba, iría de luna de miel a África, apoyando una utopía sobre otra, como quien encomienda su destino a que le toque la lotería.

Tula entra en el dormitorio. Abre la ventana. Se agacha sobre la cama para cambiar las sábanas. De repente, Ramiro se abalanza sobre ella, le cae por detrás, como un lobo. Le rompe la blusa. Su boca busca la de Tula a la fuerza. Ella no se deja, lucha, le araña. Ruedan los muebles. De un empujón, consigue quitárselo de encima. Escapa hasta el cuarto de baño. Se encierra allí. Se deja caer sobre sus piernas, llorando, despeinada, con la blusa hecha jirones. Él golpea la puerta desde fuera. ¡Hay que ver cómo son los hombres! A mí llegó a darme terror cruzarme con mi tío Braulio por la casa o tan siquiera tenerlo



a dos metros. La primera vez que se me acercó era tan sólo una chiquilla, no tendría ni doce años, con los pechos apenas apuntados y muy delgadita, porque yo me he criado muy delgadita, aunque quién lo diría viéndome ahora. Pues estaba yo fregando y él entró y, de pronto, sentí su manaza detrás, en mi culo, pero no fue un cachete, no, sino que el muy guarro la plantó y la movió hacia los lados, tanteándome bien los carrillos. Yo me volví como si me hubiera picado un alacrán pero, como no entendía bien, más sorprendida que asustada. Me eché tanto para atrás que sentí cómo me mojaba el agua del fregadero los riñones. Él se me quedó mirando con un brillo asqueroso en los ojos y me dijo: «Ya vas granándote».

Después, siguió como si no hubiera pasado nada. Se llenó un vaso de agua con la jarra y se lo bebió, mientras yo lo miraba con los ojos como platos, seguro que blanca como la cal. El agua le chorreó por la boca, le quedaron gotas enganchadas en las púas de la barba y él se las secó con la manga, mientras me echaba otra mirada. Me dejó el vaso vacío en el fregadero y salió. Aunque empecé a llorar, seguí fregando, y mi tía no se dio cuenta de nada.

Ahí empezó, pero conforme pasó el tiempo fue a más e intentó sobrepasarse con más descaro. Ni se me ocurría quedarme sola con él, pero me buscaba y, en cuanto me descuidaba, tenía sus asquerosas manos sobre mí. Yo salía pitando y lloraba, pero ¿cómo se lo decía a mi tía? ¿Y si creía que yo era la culpable, que yo le provocaba, que después de habernos recogido a mi hermano y a mí, le quería quitar el marido? Cuando lo hacía, yo le suplicaba: «Tío, por favor, déjeme. Suélteme, se lo pido por favor. No, tío, no»; pero él seguía igual. Con su apestosa boca intentaba buscarme el cuello, los labios. Yo me apartaba con todas mis fuerzas, lo intentaba esquivar. Una vez, hasta le di un empujón y se cayó de culo. Fuera de sí, se quitó la correa y empezó a darme.



Llegó un momento en que al verlo cerca echaba a correr, sin ningún disimulo e, incluso, le hacía requiebros para escapar. Yo, entonces, estaba bien ágil y no como ahora.

Conseguí que dejara de buscarme sin que nadie me ayudara. Yo sola. Tendría quince años, lo que antes se llamaba la niña bonita, ¡qué cosas!, pero no tenía más que ganas de morirme por su culpa. Estaba echándole el grano a las gallinas en el corral. Nunca lo hacía hasta que se largaba, pero ese día, el hijo de mala madre, me engañó: hizo que se iba y se volvió. Estaba agachada cuando entró, yo me puse de pie de un salto, como si tuviera un resorte, pero no podía escapar porque él estaba delante de la puerta y venía hacia mí. Al verlo acercármese con esos ojos de puerco, me salió toda la rabia que llevaba dentro. Tenía en el bolsillo del mandil un cuchillo que utilizaba para desgranar las panochas, lo cogí y le amenacé, pero el muy cabrón se reía. Le dije que se lo clavaría por la noche, mientras dormía. «¡No tienes cojones!» me replicó y siguió acercándose.

Entonces me subí el mandil y la falda. Le enseñé las bragas. Los ojos le brillaban. La baba le chorreaba. Me clavé el cuchillo en el muslo y lo levanté ensangrentado hacia él. Se quedó blanco al ver cómo me escurría la sangre por la pierna abajo.

Yo misma quemé una aguja y me cosí la pierna. Los lagrimones de dolor apenas me dejaban ver las puntadas, pero casi no me quedó cicatriz.

Mi tío no me acechó más en el gallinero, ni en ningún otro rincón de la casa, pues se acobardó, pero no por eso me dejó en paz, sino que se dedicó a meterme mano delante de los demás, para que así no le clavara lo que tuviera a mano. Lo hacía delante de sus hijos más pequeños y, lo que es peor, de mi propio hermano. Pero aunque yo estaba envalentonada y le daba buenos manotazos y le decía cochino, asqueroso y todo







eso; y le miraba con todo el odio del que era capaz; me daba cuenta de que mi hermano me contemplaba con desprecio y rencor, como si yo tuviera la culpa, como si encima yo fuera la culpable. Y ni cuando creció le dijo nada a mi tío, pero a mí me miraba con asco. Una vez le solté:

—¿Por qué me miras así? ¿No ves que es él?

—Por algo te dejarás —me replicó.

Le solté un tortazo con todas mis fuerzas. Entonces, me arreó un puñetazo con tanta rabia que me derribó. Allí me quedé, en un rincón del suelo, llorando, con el sabor de la sangre en la boca.

Todo el mundo sabe que una llamada de teléfono puede dar al traste con la vida. Todo el mundo teme esa llamada que, como una bestia hambrienta, surge de la nada y nos engulle el destino de repente y sin remisión. María no era una excepción, mas nunca habría sospechado su forma y en qué manera cambiaría su vida. María esperaba una llamada aciaga: la de Diego confirmándole lo que le había hecho llegar por carta, pues estaba segura de que él no se atrevería a hablar con ella, cara a cara; una llamada, el sonido distorsionado de su voz, era todo lo que de él podía esperar; además así, en el momento que le pareciera oportuno, en el momento en que ella perdiera los nervios, podía colgar y dejar zanjado el asunto. Pero María no se imaginaba escuchar la voz de su prima al descolgar el teléfono de inmediato (bueno, después de que sonara tres veces, pues dejó que el teléfono sonara tres veces para poder disimular y que no pareciera que estaba esperando esa llamada con desesperación).



—Ah, hola —dijo, sin una pizca de afabilidad.

Su prima permaneció unos instantes callada.

—Juana, ¿estás ahí? ¡Oye! —dijo con impaciencia.

—Verás es que... —y su voz se tornó en sollozos.

El pulso de María, que al identificar al principio a su prima se había relajado, se disparó de nuevo.

—Pero ¿qué ocurre?

—Una desgracia... tu hermana... —continuó Juana trémula.

—¿Qué le pasa a mi hermana? —gritó nerviosa María.

—Está muerta —respondió con un hilo de voz

—¡Cómo que está muerta!

—¡Que sí! ¡Que la ha matado el marido!

El viaje se le hizo eterno. Las luces de los faros se le desdibujaban por las lágrimas. Iba a toda velocidad, gimiendo, golpeando el volante. Todavía no se explica cómo no se mató aquella noche.

La casa de sus padres estaba atestada de gente, tanta que muchos hombres habían preferido permanecer en la calle sentados en el bordillo o apoyados contra la fachada pues, aunque era todavía abril, la noche era agradable. Al llegar ella y bajarse del coche, cesaron las conversaciones, se le quedaron mirando con gesto grave y, algunos, se acercaron hasta ella tendiéndole la mano y dándole el pésame. María se quedó petrificada ante eso, pues durante el camino había sido tentada por pensamientos pueriles y esperanzadores, en algunos fugaces instantes, que le contaban que, quizá, hubiera algún error y su hermana, en realidad, no estuviera muerta. Puede que se la hubieran llevado muy mal, pero aún estuviera viva, grave pero



viva. Con las prisas no había podido exigirle apenas detalles a su prima Juana, que estaba sobrecogida. Además la tenía por algo corta, resultándole factible que no se hubiera enterado bien. “La gente exagera —se decía—. Lo mismo es mentira”. Por otro lado, no había conseguido que le cogieran el teléfono en su casa, y con eso mismo se convencía de que pudiera ser que su hermana estuviera en el hospital. Pero al llegar y ver aquello, todo se derrumbó y la tragedia se le materializó de golpe, con más horror por haberse permitido esperanzas.

Cuando vio a su madre vestida de negro de arriba abajo, se hundió y comenzó a chillar. Se abrazó a ella con violencia. Su madre se dejaba hacer, tan sólo le acariciaba la cabeza, totalmente ausente.

—Mi niña, mi niña —repetía, sin que María supiera a cual de las dos se refería.

Las otras mujeres las separaron al rato, abrazándose unas a ella y otras a su madre.

María se dirigió a la habitación de al lado, donde estaba su padre sentado. Llevaba puesta una rebeca gris oscuro, que le hacía la espalda estrecha, y una camisa blanca con una corbata negra, demasiado corta para el largo que entonces se estilaba. La abrazó y lloró desconsolado sobre ella. Era la primera vez que lo veía llorar. Con un pañuelo blanco, ya arrugado, se secó torpemente las lágrimas. La vejez le había caído encima de repente.

—¿Qué te parece? ¿Qué te parece? —le decía mientras hipaba.

Consiguió llevar a su padre hasta su silla y volvió con su madre y las otras mujeres. A falta de féretro en torno al que situarse, lo hicieron alrededor de una foto de Rosa, junto a la que brillaba un velón rojo. María había logrado convertir sus sollozos convulsivos de los primeros momentos en un llanto





manso y silencioso. Las mujeres comenzaron a rezar el rosario. De pronto, entre las plegarias salmodiadas estalló como un trueno la voz del padre, desgarrada y febril.

—¡Yo lo mato! ¡Yo mato a ese hijo de puta! ¡Soltadme, que lo tengo que matar, al perro ése! ¡Llevadme donde esté que haga justicia! ¡El cobarde! ¡Con una mujer! ¡Mi pobre hija! ¡No tendré consuelo si no le reviento la cabeza a ese cabrón! ¡Asesino!

Los hombres trataban de tranquilizarlo:

—Venga, venga. Cálmate. Si ya lo tienen los guardias... Cálmate, que ya lo tienen.

María se apartó de las mujeres y buscó el aire. Se dirigió a la cocina y salió al patio. Se encendió un cigarro. Casi de inmediato llegaron hasta la cocina tres o cuatro mujeres y empezaron a conversar, sin saber que María las escuchaba, pues las sombras del patio la ocultaban. Una de ellas le contaba a las demás, muy ufana, que había sido de las primeras en llegar a la casa del crimen.

—Pues yo, como vivo enfrente, en cuanto he oído las sirenas, me he dicho: chica, algo ha pasado. Y cuando, desde la puerta, he visto allí a los guardias, la ambulancia y todo, me ha hecho una cosa el pecho... He cruzado. He visto que además de los guardias del pueblo había otros forasteros, muchos, pero al que estaba en la puerta lo conozco de vista. «¿Qué ha pasado?», le he preguntado. Y él me lo ha contado. Desde donde yo estaba he visto uno de los zapatos de la pobre, tirado en medio del pasillo, un zapato negro de tacón, y se veía que había mucho jaleo donde tenían el salón, así que me imagino que ahí será donde lo ha hecho. Mira que me lo estaba imaginando. Si es que no me extraña. Tú no te figuras qué voces se oían todos los días. Si es que no, es que se veía. A ella que le gustaba tanto alternar, venga a salir y salir, y a él que se





lo llevaban los demonios, que quería que estuviera allí siempre muy metida, porque era muy celoso, pero es verdad que a ella no se le caía la casa encima, pero de todas maneras, para hacerle eso, y con la pobre criatura delante.

María regresó a la cocina y cruzó entre ellas, lanzándoles una mirada de odio. Llegó hasta el grupo de mujeres que continuaba rezando y se llevó a su prima aparte.

—Juana, ¿dónde estaba la niña cuando...?

—Allí, creo.

—¡Cómo allí! ¿En la casa? ¿La ha matado con la niña delante?

—No lo sé. Lo único que sé es que, antes de ir al cuartel a entregarse, pasó por casa de su hermana y le dejó la niña.

—¡Yo pensaba que estaba en tu casa! ¿Cómo habéis permitido que siga allí? —le gritó María histérica.

«¿Dónde está la Rosa?», me soltó él de sopetón, tan de repente, que me dio un buen susto, porque no lo había oído llegar. Yo salía de acostar a la niña en la cuna porque se me había quedado fritita en los brazos. Y mira que su madre me había dicho que no la dejara dormirse hasta que ella llegara, pero, después de darle la comida, no pude evitar tomarla y apretarla contra mi pecho, y eso que no me paraba de repetir que no la cogiera tanto, que se estaba acostumbrando mucho a los brazos, pero yo no podía dejar de apretujar aquella cosita tan preciosa contra mí, me gustaba ver cómo se le iban cerrando los ojitos, y esas pestañas tan grandes, y esa boquita que era como un capullito precioso. Me sentaba con ella en la mecedora y tan a gusto las dos.



La había dejado en la cuna, bien arropadita. Cerré la ventana y salí, y casi me tropiezo con él, que estaba allí plantado, con ese gesto de rabia, los brazos en jarra.

—¿Que dónde está la Rosa? —me preguntó de nuevo, como amenazándome, como diciéndome: no te lo voy a repetir otra vez, que hasta creí que me iba a pegar a mí. Se notaba que había bebido.

—¡Yo que sé! Iba a hacer unos recados, me ha dicho — le respondí.

—¿Adónde?

—Pues me ha dicho que tenía que ir a la farmacia y a la ferretería, creo.

—¡A estas horas! —me gritó furioso.

—¡A mí no me vengas con esas! Que yo me he quedado con la niña porque ella me lo ha pedido. Vosotros veréis. Arreglaros vosotros, pero a mí no me grites.

—¡Eres tan culpable como ella!

—¡No vocees! ¿No ves que está la chica durmiendo?

Pero él siguió. Yo me fui hacia la puerta sin hacerle caso. Desde allí le dije:

—¡Hala, ahí os quedáis!, que yo me marchó a mi casa, que después que ni siquiera he terminado la comida, mira qué agradecimiento.

Juro por Dios que nunca se me pasó por la cabeza lo que iba a suceder, que yo, bien lo sabe el Señor, si llego a saber lo que se traía entre manos, no me habría ido. Pero pensaba que tan sólo se enzarzarían como tantas veces, como máximo un tortazo y ya está, que ya se sabe cómo son los hombres cuando se ponen así, pero de ahí a lo otro... Yo tampoco me quería meter, porque, a fin de cuentas, él era mi hermano y ella mi cuñada, y siempre se dice que en esas cosas es mejor no meterse, que dos que se acuestan juntos, al final se entienden,



y los terceros sobran.

Él era muy celoso, eso es verdad. Se ponía hecho una furia cuando llegaba a casa y ella no estaba, y a Rosa le encantaba salir. Se le caía la casa encima, que yo no digo que hiciera nada malo, ¡Dios me libre!, sólo que le gustaba arreglarse y salir a la calle, y él no quería más que, cuando él llegaba a la casa, que ella estuviera esperando. También es verdad que él lo mismo se tiraba dos semanas en el monte, sin aparecer, que lo hacía en mitad de la mañana, si tenía que venir al pueblo por algo, y que una mujer tiene que salir si quiere llevar una casa, y ni siquiera eso él lo entendía, aunque muchas veces ella salía porque le gustaba ir de visita a casa de sus amigas o a la de sus padres, que sí, que es normal, pero es que los hombres se ponen celosos, son así.

Herminia lloraba, aunque lo hacía quedamente, para no despertar a la pequeña que estaba dormida a su lado, en su cama. En la oscuridad del cuarto veía su perfil diminuto y precioso a su lado, bajo la débil luz que se colaba desde el pasillo. Contemplando su dulce y sosegado sueño, le parecía imposible creerse que algo tan horrible hubiera ocurrido. Ya nada sería igual. Herminia sabía que su sobrina ya estaba marcada para siempre, como si se hubiese caído en el fuego y se hubiera quedado deformada de por vida. «Cuánto te queda por sufrir, mi reina, sin que tú lo sepas», le susurró. Herminia sentía también una sincera compasión y pena por su cuñada y un profundo remordimiento por no haber hecho algo más, por no intentarlo al menos. «Si me hubiera esperado... Si no me hubiera venido tan ligera... », por paraba de repetir.



Alrededor de una hora y media después de regresar a su casa, llamaron a su puerta. Al abrirla se encontró a su hermano con la niña en brazos.

—Toma —le dijo, entregándole a la pequeña envuelta en su colcha.

Acostumbrada como estaba a su gesto huraño y sombrío, no sospechó nada.

—¿Qué pasa? ¿Es que no ha vuelto la Rosa?

No le contestó en ese instante, pero sí cuando ya estaba dentro del coche y se disponía a marcharse.

—La he matado.

Pero lo dijo en voz baja y Herminia, que ya era algo dura de oído, no estaba segura de haberlo entendido bien, aunque sintió un vahído que casi la hace rodar a ella y a la niña, que estaba en sus brazos.

Después se convenció de que no, de que no podía ser. ¿Cómo iba a hacer eso su hermano? “Habrá dicho la voy a matar, porque no habrá vuelto y estará hecho una furia; pero son formas de hablar, porque es muy farruco, pero seguro que no será para tanto, discutirán como siempre y punto. ¡Válgame Dios!, ¿dónde estará la Rosa? Si es que no tiene cabeza, con la hora que es, dónde andará. No se da cuenta de que es una mujer casada y tiene que estar en su casa. Pero mi hermano ya sabía dónde se metía. Mujer ventanera, uva de calle. ¡Pues que se aguante!”

Herminia estuvo toda la tarde en vilo. A medida que pasaba el tiempo y su cuñada no aparecía a por la niña, su pesadumbre aumentaba. Se dijo de salir con la pequeña y ver qué ocurría, pero había un buen trecho hasta la casa de su hermano y, además, la niña no dejaba de llorar y toser y ella temió que se hubiera enfriado.

—¿Qué te pasa, mi vida? ¿Quieres que la Tita te dé de merendar?





No había terminado de darle la merienda a la niña cuando apareció su vecina Paz. Venía pálida, desencajada.

—Ay, chica, ha pasado una desgracia... —le dijo con un hilo de voz— en la casa de tu hermano... están los guardias, una ambulancia...

La vecina le contó lo que se decía que había ocurrido. Después, se ofreció a cuidar a la pequeña mientras ella iba hasta allí, pero Herminia dijo que no, que se quedaría allí, con su sobrina, que no iría.

Y allí se quedó, llorando con la niña en brazos, que también lloraba.

Herminia sintió pánico al escuchar los golpes en la puerta de la calle. Pensó si no vendrían los guardias también a por ella, si creerían que había tenido algo que ver, ¿y qué haría con la niña? Los golpes se repitieron más fuertes e imperiosos. Tenía que abrir, sabían que estaba dentro porque había luz. Si no salía, eran capaces de echar la puerta abajo.

—¿Quién es? —preguntó.

—¡Abre! —le ordenó una voz de mujer, ronca y furibunda.

Ella abrió la puerta, extrañada, sólo un palmo, pero María la empujó con todas sus fuerzas y casi la tiró de espaldas. Herminia miró medrosa sus ojos enrojecidos y coléricos.

—¡Dame a mi sobrina! —gritó.

—Está durmiendo —dijo Herminia, a modo de excusa.

—¡Me da igual! ¡Me la llevo!

—Pero está durmiendo aquí. ¿Por qué te la vas a llevar? María acercó hasta Herminia su rostro arrebatado, sólo





unos centímetros. La furia se lo había tornado más andrógino que nunca. Por un instante, de forma inconsciente, Herminia rememoró a todos los hombres que le habían pegado a lo largo de su vida y sintió verdadero pavor. Retrocedió, dejando expedito el pasillo. Contempló, impotente, como aquella extraña penetraba en su dormitorio y se llevaba lo que más quería.

—También es mi sobrina —le dijo cuando salía, entre sollozos, en un último, tímido intento de resistir.

—Ya no —replicó María con su voz ronca e implacable.

Y te llevó de mí. ¡No sabes cómo me dolió! ¡Como si lo otro no fuera suficiente! ¡Ay, Dios, cuánto sufrir! Pero es verdad que me convencí de que era lo mejor para ti, criarte lejos de aquí, sin que te señalaran con el dedo, que pudieras estudiar y ser alguien, fuera de todo esto. Además, tenía remordimientos, me sentía culpable. No porque lo dijera tu tía, conmigo sola me bastaba. Yo había permitido que mi hermano pequeño, el que me encomendó mi madre al morir, fuera capaz de hacer eso y traernos la desgracia a todos, y hasta pude esperarme y no marcharme con tanta prisa a mi casa, ese día, y no quitarme de en medio, tan a la ligera. Yo también merecía un castigo.

Cuando se presentó así, de improviso, en mi casa, llevaba, al menos, tres o cuatro años sin verla, desde el día aquel en que apareció aquí al poco del funeral de su abuelo.



Me pidió que le contara y yo le conté, tal y como me acordaba. Ella me escuchaba calladita, sin interrumpirme. Al terminar, nos quedamos en silencio, pero a mí no me gustan los silencios, bastante harta estoy de tanto silencio, y yo quería que me contara cosas de ella.

—¿Tienes novio? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza, sonriendo, tan guapa. Se da mucho aire a su madre.

—Sigues estudiando, ¿verdad?

—Sí, estudio Medicina.

—¿Sí? Para médico. ¡Qué bien! —le dije, emocionada—. Fíjate, quién me iba a decir a mí que tendría una sobrina médica. Yo que sé firmar y poco más, bueno, y leer, pero regular, y más ahora que tampoco veo ni jota. Encima no me da la gana ponerme las gafas, soy así de incorregible. Pero si tu abuelo, mi padre, te viera, ¡qué orgulloso iba a estar! Él, que era analfabeto perdido, que ganaba siete pesetas de jornal, fíjate. Mira, está en el pasillo, es el de más acá —y le señalé la foto de mi padre—. Menos mal que se la hizo para el carné, poco antes de morir, que si no, ni siquiera tendría una foto suya. Yo hice que me la ampliaran, y mira qué bien. Era muy guapo. A mí me recuerda mucho a tu padre, en el físico, porque en lo otro, no lo llegué a conocer.

Ella dio un trago a la Fanta que, hasta entonces, ni había probado. Me miró muy seria y me dijo:

—Tía, me gustaría ver la casa de mis padres.

Me condujo hasta una casa situada en la carretera, no lejos de la de mis abuelos, y por cuyo lado yo había pasado muchas

veces. Era pequeña, humilde, de una sola planta. La fachada estaba desconchada y manchada por la lluvia. Su color, en origen, tuvo que ser amarillo claro, pero veinte años de intemperie le habían dado un aspecto terroso. Las rejas se veían oxidadas y detrás de ellas las persianas estaban totalmente desenrolladas, cubriendo los ventanales hasta abajo.

— De vez en cuando, vengo y le doy una pasada —me dijo mi tía al abrir.

Dentro hacía frío y olía a cerrado y a humedad. Dejé que Herminia me guiara y guardé mis preguntas para el final. Las paredes de las habitaciones estaban cubiertas de papeles estampados, cada una de un tipo distinto. «Ésta es tu habitación», dijo mi tía cuando entramos a un dormitorio forrado de azul claro. Creyó leer en mi mirada sorpresa y continuó: «Sí, es de este color porque tu madre se empeñó. Estaba convencida de que serías un niño, pero ya ves». En el centro había una cuna con su colchón, sin sábanas ni manta, pero sin apenas polvo. Tomé, de encima de una silla, una muñeca de trapo, de largas trenzas de lana amarilla. «Yo fui con tu padre a comprar esa muñeca cuando naciste y otra más que está guardada en el armario». De allí fuimos al dormitorio de mis padres. Había un crucifijo enorme sobre la cama. Ésta estaba cubierta por una colcha de ganchillo. «La hice yo», dijo mi tía orgullosa al verme acariciarla. Cuando me tumbé sobre la cama, ella me miró extrañada, pero no dijo nada. Contemplé la lámpara del techo con sus tres tulipas anaranjadas formando un triángulo equilátero. Pensé que, seguramente, sobre esa cama fui concebida, que retornaba a ella tantos años después. Cerré los ojos, volví a desear con todas mis fuerzas que apareciera aquello que estaba buscando y que me había llevado a esa casa, pero tampoco resultó. Terminamos el recorrido entrando en el salón-comedor. Allí era adónde había pasado.



Había un sofá de skay marrón, una mesa de camilla, una mecedora junto a la ventana; enfrente de ésta, un aparador; en un rincón, una estufa de butano y en el centro un viejo televisor de blanco y negro. Todo extraordinariamente humilde. En el suelo no había ninguna mancha, ni nada por el estilo, sólo abandono. Aún llevaba la muñeca apretada contra mi pecho, sin darme cuenta. Mi tía me miraba emocionada, con lágrimas en los ojos. Seguro que pensaba que, después de tantos años, me había reencontrado con mi pasado. Pero lo cierto es que ni la muñeca, ni mi dormitorio, ni el de mis padres, ni ninguno de los rincones u objetos de aquella casa me sugerían lo más mínimo. Lo había intentado, pero era inútil, ninguna sensación brotaba de mí, ningún recuerdo dormido en lo más profundo de mi memoria. Nada había allí que conectara con alguna de esas percepciones remotas que, de vez en cuando, creía tener de mis padres, con esos fognazos. Para mí aquella podía ser la casa de cualquier desconocido. Me di la vuelta y entonces, sobre el aparador, descubrí una foto de boda. La miré detenidamente. Era la primera vez que veía la foto de novios de mis padres. La misma que ahora tengo en mis manos, que cubro con papel de periódico y deposito en su caja junto a las otras.

Cuando María recibió la terrible llamada, esperaba con desesperación otra que nunca llegó. Incluso durante esos aciagos días no cesó en su espera, a pesar de tener a su lado a aquella niña que no dejaba de llorar y cuya presencia le dolía y le parecía tan irreal. Dormían juntas, pero el sueño de Nieves era intranquilo, no paraba de dar patadas y la despertaba. María



se levantaba en mitad de la noche, fumaba un cigarro sentada en una silla de la cocina y se preguntaba qué sería ahora de su vida. Después, regresaba al dormitorio, contemplaba con ternura a la pequeña y se abrazaba a ella. Trató de volcarse en su sobrina, aunque sin dejar de mirar, de refilón, el teléfono y, de vez en cuando, de comprobar que estaba bien colgado.

Estaba convencida de que la llamaría, que no se limitaría a aquella carta en la que le contaba que sí, que sus sospechas eran ciertas, que estaba con otra mujer, que había sido sin querer, que la había conocido y se había enamorado de ella, sin pretenderlo, cosas que pasan, que prefería ser sincero consigo y con ella; que había que ser realista, que no estaban hechos el uno para el otro, que no había concordancia entre ambos, que habría resultado inútil seguir con ello.

Mas pasaron las semanas y seguía sin llamar. María intentaba asumirlo, se convencía de que, precisamente, lo raro habría sido que la hubiera llamado. Diego era hombre de monólogos, de discursos o cartas. Siempre le había mostrado, de forma clara, cuánto le molestaba que lo interrumpiera, que pusiera objeciones a sus brillantes exposiciones, que se empeñara en atacar por los flancos sus ideas monolíticas, que obstaculizara su elocuencia con sus peros y matices. María descubrió que esa concordancia que echaba en falta con ella, la había logrado con una de sus becarias, mucho más guapa que ella. Pero María lo quería demasiado como para no luchar con todas sus fuerzas por él, tragándose, incluso, su orgullo. Mientras aguardaba su llamada, se había persuadido para, si se le pasaba la fiebre por la otra, perdonarlo y volver con él. Es más, estaba dispuesta a dar el paso definitivo que él le había exigido tantas veces: irse a vivir juntos. Ahora, su hermana estaba muerta y María recordaba las conversaciones con ella sobre ese tema.

—Pero ¿cómo te vas a ir a vivir con él sin casarte? ¿Tú estás loca? —le decía.



—¿Qué pasa? Ya soy mayorcita para hacer lo que me plazca. ¿No crees?

—Pero a padre y madre les cuesta la vida, se morirían de vergüenza. ¿Tú sabes el escándalo que sería para ellos aquí, en el pueblo?

—¿Tú me vas a hablar de escándalos?

—No es lo mismo. Yo lo arreglé como Dios manda. Tú haz lo que quieras, pero antes piénsatelo. Tú eres más inteligente que yo, tienes que darte cuenta. Si él te ha pedido eso, es que no te quiere.

—Pero ¿qué diferencia hay entre estar casado y no estarlo? Que más da si dos personas se quieren.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Es que no sabes que arrejuntarse es un pecado gordísimo? Además, ¿qué le impedirá a él dejarte cuando le parezca? Imagínate que encuentra a otra que le gusta más. Y ya no digamos si tenéis hijos...

—Me bastaría yo sola para criarlos.

—Que te crees que es tan fácil y, encima, todo el mundo los señalaría por la calle.

—¿Y es mejor casarse con un hombre y estar condenada a vivir con él, para siempre, sin saber adónde lleva eso, tener que seguir con él aunque te pegue? —le dijo María picada.

Rosa la miró muy seria, dolida:

—Mira, Gerardo y yo discutimos, es verdad, pero sí, es para siempre. Él no es perfecto, pero no ha tenido una vida fácil. A mí lo que me importa es que me quiere, y mucho, por eso a veces se pone como se pone y porque se cree poca cosa, se cree que no me merece, pero yo estoy enamorada de él y estoy segura de que cambiará. Sí, estamos casados como Dios manda y es para siempre. Tú haz lo que quieras, pero piensa que la vergüenza será para todos y, por cierto, ¿tú te quieres casar o no?



María calló, miró a su hermana con desdén, pero calló.

Sin embargo, le resultaba inconcebible que, después de lo ocurrido a su hermana, no la llamara, al menos, para preguntarle cómo estaba. Quizá no se había enterado, aunque era raro porque había sido noticia en la tele, en la radio y en los periódicos y ella le había hablado de su hermana, de su pueblo. Cierto que sus apellidos eran muy comunes y que él no veía la tele y apenas escuchaba la radio. Él dedicaba su tiempo, en exclusiva, a sus libros y discos. No lo perdía con chascarrillos de España negra. María trataba de convencerse de que no se había enterado. «Pues yo se lo contaré con pelos y señales cuando me llame», se decía. «No tendré pudor en contarle cuánto he sufrido, en darle pena, si es preciso» Mas no sabía cómo decirle que pensaba quedarse con su sobrina, que tenía decidido criarla ella. Él, que tantas veces le había recalcado que no quería tener hijos.

Su madre se ofreció a quedarse con la pequeña, es más, hasta se lo suplicó, alegando que era la única forma de que, a ratos, se le olvidara la pena. Pero María dijo que no, que lo mejor para la niña era permanecer a su lado, lejos de todo lo ocurrido, en el anonimato de Madrid. Y sus padres, desgarrados, lo aceptaron, porque ella era lista, porque era la que mejor tenía la cabeza en esos momentos, porque se sentían atenazados por la desdicha. ¿Podía, ahora, devolverles la niña y anunciarles que se iba a vivir, sin casarse, con un hombre?

María se debatía en esas dudas, en esas hirientes encrucijadas, mientras esperaba esa llamada, que nunca llegó.





Diego pasó por la vida de María como un fantasma. De su familia, sólo Rosa lo conoció y, aunque no le confesó nada, está segura de que no le cayó bien. María prefería, mientras pudiera evitarlo, no presentárselo a sus padres. Se imaginaba la cara que pondría su madre cuando lo viera con esas barbas o la de su padre si empezaba a hablar de política. Tampoco ella conocía a los padres de él, que vivían en una remota aldea asturiana, a la que él acudía un par de veces al año y poco más, ni a su hermano, del que sólo sabía que vivía en Gijón y era electricista. Ni siquiera tenía fotos suyas en su piso, es más, la primera vez que contempló las de ella, sobre las estanterías de su salón dijo «Muy burgués», con pretendida condescendencia.

Además, habría resultado imposible convencerle para que disimulara un poco delante de sus padres. «El mundo ya soporta demasiadas mentiras —decía—. Yo siempre me muestro tal como soy. Si no les gusto, es su problema.» María maldice, porque su sinceridad no le impidió engañarla con otra, sabe Dios durante cuánto.

Sin embargo, está segura de que su madre sospechaba que estaba con él, es casi seguro que Rosa la puso al corriente, porque en los últimos meses se hicieron más insistentes sus ridículas advertencias:

—Hija mía, ten cuidado con los hombres, que toman lo que quieren y, luego, si te he visto, no me acuerdo.

—¡Madre, déjese de tonterías! —replicaba ella furiosa.

—Hazme caso, que sé lo que te digo.

Mas los consejos de su madre eran en un tono exangüe



y su padre, desde que ella vivía sola en la ciudad, prefería hacerse el desentendido. Nada que ver con la forma en que se comportaron con el que fuera su primer novio, Mauricio, cuando ella tenía apenas dieciséis años.

Mauricio actuó con ella a la antigua usanza, como hizo Ricardo con su hermana, escribiéndole cartas y abordándola de forma, aparentemente, casual, entablando conversaciones inocentes y triviales. Pero poco tenía en común con el antiguo novio de Rosa. Era un muchacho de los del pueblo, en el sentido más amplio, sin que su mirada se alejara un palmo más allá. No tenía mucha ilustración. Escribía, eso sí, con una letra de molde bien afirmada, de las logradas a base de mucho cuaderno de caligrafía y palmetazo, pero más propia de libros de cuentas que de cartas de amor. Sus misivas plagiaban, sin cambiar una coma, los modelos del *Manual de Cartas de Amor*, libro que, posiblemente, había heredado de su padre.

Era un galán ideal para la época de su madre, quizá por eso la de María estaba encantada y qué decir de su padre, pues la familia de Mauricio tenía un buen capital y éste era hijo único. Tenía tierras suficientes como para vivir y mantener a su hija de forma holgada.

Cuando ni tan siquiera ella había dado su beneplácito, él se lanzó a hablar con su padre. A María aquello la puso furiosa, pero las alabanzas de unos y otros (incluida su hermana) consiguieron ablandarla y, aunque reticente, accedió. Se hicieron novios con todas las bendiciones y protocolo del momento.

Poco a poco, Mauricio intentó llevársela a su terreno. Poco a poco, María se fue dando cuenta de que aquello no era lo que quería y, lo que es peor, fue tomándole manía a Mauricio. Le aburría su conversación, la salpicaba con su saliva al hablar, no paraba de sudar y tenía un olor acre, por más

colonia que se echaba. Ella no podía apartar la mirada de su frente, que la tenía cubierta de espinillas con pus, sin entender por qué no se las reventaba. Finalmente, María se dio cuenta de que no lo soportaba, que detestaba su presencia, y si con sólo verlo se le revolvían las tripas, qué decir de cuando la cogía de la mano. Afortunadamente, pudo contener el contacto físico bastante bien el tiempo que estuvieron juntos, apelando al tema de la moral y el pecado; pues la única vez que la besó en la boca, a punto estuvo de vomitarle encima. El otro aceptaba las negativas con resignación, se encogía de hombros y decía «tiempo habrá», con una expresión de triunfo que ponía enferma a María. En esos momentos ella sentía especial aversión por él, porque si al menos se hubiese opuesto, si incluso se hubiera abalanzado sobre ella para reclamar lo que le correspondía, ella lo habría respetado más, tanto por la audacia como por demostrar alguna emoción; pues lo que más odiaba de él era ese cálculo imperturbable por el que se guiaba, ese mezquino comportamiento del que sabe que el tiempo está de su lado, que todo caerá a su debido momento como fruta madura. Él no arriesgaba un ápice en pos de un instante, no perdía la cabeza. Era paciente, como buen agricultor o como araña que acecha desde su tela, sin precipitarse, sin chupar los jugos de su presa hasta asegurarse de que no escapará. Y como ese insecto que ha caído en la telaraña se sentía ella. Así es como veía a su novio, como una repulsiva y mezquina araña.

Mauricio siempre se empeñaba en que se sentaran en uno de los bancos del final del paseo.

—Se está estupendamente aquí y, encima, no gastamos. Todo lo que ahorremos nos vendrá bien después —le decía con una sonrisa.

En su cumpleaños, por Reyes y el día de los enamorados le regaló utensilios para la casa, que María recibió con un desprecio mal disimulado.



—Entre lo que tengo yo y lo que heredarás tú, juntaremos casi doscientas fanegas. No está mal, ¿verdad? Es una pena que tu familia no tenga más, pero, de todas formas, no habrá muchos en el pueblo que nos aventajen —le repetía una y otra vez, con un brillo codicioso en los ojos.

María se pasó meses enteros buscando una forma de escapar. Como si de un preso se tratara, se convirtió en su obsesión. Puso todo su ingenio al servicio de la causa, mas no le resultaba fácil. Por aquel entonces, sentía pánico de la reacción de su familia, de lo que dirían en el pueblo de ella. Necesitaba una excusa digna y la encontró. Mauricio ya le había hablado de los hijos que quería tener cuando se casaran, pero quedaba una cuestión por abordar.

María había conseguido durante varios domingos minimizar el tiempo que tenía que estar con él alegando que tenía que estudiar. Mauricio, como siempre, lo había aceptado sin un reproche, pero cierto día, de una forma natural, sin albergar ninguna duda al respecto, le dijo:

—Entiendo que quieras acabar tus estudios, porque lo que se empieza hay que acabarlo, si no, lástima de dinero gastado, pero cuando nos casemos, tendrás que dedicarte a la casa.

Ella, por fin, comprendió que había llegado la ocasión, que allí estaba su momento.

—Pero ¿qué estás diciendo?, ¿que después de todo lo que he estudiado no a voy ejercer mi profesión? —le replicó casi gritando ella, soltando todo el resquemor acumulado.

—Claro, es lo normal —dijo él mirándola sorprendido.

—¿Tú no te has parado a pensar que yo tengo una vocación, que si estoy estudiando Magisterio es porque quiero ser maestra?

—Pues así enseñarás a tus hijos mejor, ¿no?, cuando no





entiendan algo de lo que les expliquen en la escuela o por si se ponen malos y se tienen que quedar en casa...

—¿Pero es que no te das cuenta de que yo quiero trabajar? —gritó ella, fuera de sí.

—¡Pero yo no quiero que tú trabajes! Para eso estoy yo. Trabajar es cosa del hombre —replicó él, perdiendo la calma y gritándole por primera vez.

María se marchó a su casa a toda prisa, con la cabeza levantada y ese gesto suyo de desprecio, sin hacer caso de sus requerimientos, de los ruegos que después le hizo con su voz lastimera. Mauricio la acompañó todo el camino, aunque ella no paraba de repetirle que aquello era definitivo. Después lo hizo oficial por carta, haciendo oídos sordos a todos: a sus padres, a su hermana y a otros muchos que se personaron en su casa (incluidos los padres de él). A todos despachó con frases y actitud altanera e inflexible, lo que le valió la ira de sus padres y la animadversión de medio pueblo. Se devolvieron los regalos, ambas familias se retiraron la palabra y María se juró que jamás se echaría otro novio en el pueblo. Estuvo castigada durante meses, pero ella acogió el encierro forzoso como una liberación. Tenía todo el tiempo del mundo para los exámenes finales.

Herminia vio crecer a María. Siempre le llamó la atención cómo aquella niña desgarbada, delgaducha y feílla había surgido de esa familia de mujeres guapas, pues tanto su madre como su abuela lo eran. Daba la impresión de que Rosa, la primogénita, se había quedado con toda la gracia y a ella la habían dejado a dos velas. La veía ir a misa cogida de la mano





de su hermana o de su madre y parecía, todavía más, un patito feo. Y mira que siempre iba muy arregladita, pero ni los lindos vestidos, ni los lazos en el pelo, ni los abrigos comprados en la capital conseguían enmendarla. Era de esas niñas cuyos rasgos no corresponden a un rostro infantil —con cara de vieja, que se dice— que se sabe que los tendrán exactamente igual de mayores, sólo que más grandes. Además era muy pálida, tan blanca como la leche. Herminia la comparaba con uno de esos polos baratos que, cuando se chupan fuerte, se convierten en hielo y quedan insípidos.

Sin embargo, lo que sí sufrió una metamorfosis en ella fue su carácter, pues de ser una niña tímida, de ojos mansos como un perro pachón, que se escondía de todos, que parecía temer hasta a su sombra, que si alguien le daba los buenos días, le faltaba echarse a correr; sacó un genio de mil demonios.

Además, para Herminia, se volvió muy altanera. Más de una vez se cruzó con ella por la acera con la intención de saludarla, pero María iba con la mirada fija, muy estirada, pasaba a su lado sin inmutarse y Herminia se quedaba con el saludo en la boca.

Llegaba al pueblo sola, conduciendo su coche, con el pelo muy corto, siempre con pantalones y fumando como un hombre. Por todo ello, la gente decía que era marimacho y que por eso había dejado al novio.

A mí, incluso cuando ya su hermana era mi cuñada, me siguió tratando igual, mirándome por encima del hombro. Todos en su familia se han dado siempre muchos aires, la más normal era



la pobre Rosa, pero la Mari era la peor con diferencia. Las pocas veces que hablamos me daba vergüenza hacerlo, porque sé que yo meto la pata al hablar y a ella seguro que no se le escapaba, estoy convencida de que después se reiría a mi costa, y que luego lo contaría a sus amigos de Madrid y se despacharían a gusto, ¡bien que se reirían de todos nosotros, de los paletos ignorantes! Siempre me miraba de esa forma, desde arriba, con ese gesto, como si le diera asco mi olor. Te restregaba su soberbia, el que ella era una mujer con estudios, que no necesitaba que la mantuviera ningún hombre, que se bastaba, y no como nosotras, tontas e ignorantes. Tantos aires, tan grande y eso que era fea, si hubiera sido guapa, ¡madre mía!, yo que lo que más valoro en la gente es la sencillez.

Cuando mi hermano se hizo novio con su hermana se lo dije: «¿Dónde vas con ella? ¿No ves que no son como nosotros?». Pero él se ponía hecho una fiera, que hasta amagaba con pegarme. «Y tú, ¿qué cojones sabes? —me gritaba—. ¡So tonta, so gilipollas! Es la envidia que te come. ¡Que eres mala y envidiosa!» Pero se veía que no nos querían. Si no se hubiese quedado ella en estado, nunca habrían permitido que se casara con mi hermano. ¡Seguro!

Mira en la boda. ¡Venga lágrimas! ¡Menuda tragedia! Por poco los casan de noche, como los viudos, y a ver por qué tanto escándalo, como si no fuese lo más natural, como si esas cosas no ocurrieran desde que el mundo es mundo. Pero claro, es que ellos eran tan grandes... Lo que les dolía era el orgullo, que mi hermano se les hubiera colado. Ya digo, no querían que hubiese ni celebración, pero mi hermano se plantó y les dijo que de eso nada, que para una vez que él se casaba, vaya si lo celebraba. Ellos no querían ir, pero la Rosa, la pobre, al final los convenció. Aunque la verdad, seguro que después se arrepintió. Cada vez que los amigos de Gerardo metían bulla,

menuda cara ponían. Y ellos que eran tan escandalosos... venga a gritar, y se pusieron a cantar antes de que termináramos de comer, y algunos se subieron a la mesa y rompieron algunas copas y botellas, pero en fin, lo normal en las bodas. Además, Gerardo les seguía el juego, se notaba que tenía ganas de juerga, era el más chistoso y bromista; aunque sus suegros lo miraban muy serios y enfadados, a él le daba igual; porque al principio de beber, a veces, se ponía así, era una pena que no parara entonces.

Sí que es verdad que el tío Braulio se pasó, porque estaba bebido (y si él ya sereno era asqueroso, pues borracho no digamos, si lo sabré yo) y que en el baile intentó sobrepasarse con la novia, y Gerardo, que también iba cargado, le hizo cara y empezaron a empujarse y hasta se escapó algún puñetazo. Mi hermano cogió una botella e intentó estampársela en la cabeza a mi tío y le dijo que lo iba a matar, pero enseguida pasó la tormenta. La tía y los primos se lo llevaron y todo quedó en calma, aunque a Gerardo ya le quedó la mala sangre y ya no estaba igual. No sólo fue lo de la trifulca con el tío, es que a mi hermano, cuando se pasaba con la bebida, siempre le entraba esa amargura, ese resquemor y ya no había quien lo aguantara.

Menos mal que los padres de la Rosa se habían marchado ya, que ese espectáculo no lo vieron, pero la Mari sí. No entiendo como, si tanto le disgustaba nuestra presencia, no se marchó antes. Pero no, allí continuó al lado de su hermana, con su cara de asco y de desprecio, hablándole al oído, seguramente azuzándola y diciéndole: «Mira con qué clase de gente te has venido a juntar».

La Rosa se acercó hasta mi hermano, imagino que para decirle que dejara de beber, que ya estaba bien, que se marchara a casa con ella, que ya era hora. Pero cuando Gerardo estaba así, ya no se atení a razones, ya no paraba (si lo sabré





yo). La apartó de un empujón y le lanzó una mirada que daba miedo. Su hermana se fue hasta ella y la cogió del brazo. Yo también acudí.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, es que estoy un poco mareada —me dijo, tratando, la pobre, de sonreír, aunque se notaba que casi se le saltaban las lágrimas—. Me voy a casa.

—¿Quieres que te acompañe? —me ofrecí.

—No hace falta, ya lo hace mi hermana, pero te lo agradezco.

La Mari ni siquiera se despidió, la cara le llegaba al suelo, me miró con reproche y desprecio. ¡A mí, a ver qué culpa tenía yo! Y salió con su hermana pitando.

Ni siquiera la mató con la escopeta, señal de que la tenía en menos consideración que a los animales que cazaba. La mató a golpes, como se hace con las culebras o las ratas y, encima, le sirvió en el juicio para alegar que no hubo premeditación, que utilizó aquello porque, según su abogado defensor, «fue lo primero que encontró en aquel momento de ofuscación». Contó que la piqueta estaba allí en el patio por casualidad, ya que la había dejado el día anterior dentro de un cubo con agua, pues no ajustaba bien el hierro y la iba a necesitar en su trabajo. El fiscal pidió ensañamiento por lo de meterle el astil por la vagina, mientras que el abogado defensor alegó que iba borracho e hizo comparecer a varios testigos que aseguraron que, en efecto, había bebido mucho.

El juicio acabó por hundir a mis padres. Yo les rogué que no asistieran, pero ellos se empeñaron. Primero fueron los

detalles de la muerte: el informe de los forenses y de los guardias que la encontraron muerta. Después, el abogado defensor trató de justificar los celos del Mohíno y para ello hizo declarar a Herminia y a un par de vecinas de Rosa que, al ser preguntadas, confirmaron que mi hermana pasaba mucho tiempo fuera de su casa, que, incluso, cada dos por tres les dejaba a la pequeña para salir libremente. No dudó en cubrirla de porquería para intentar librarlo. Los comentarios del abogado que insinuaban, de forma velada, que mi hermana quizá no había sido una buena esposa, fue el colmo para mis padres. Estoy segura de que si, al final, no se atrevieron a ir más allá y afirmar que mi hermana era una adúltera, fue porque no encontraron nada a lo que agarrarse, porque, sobre eso, ni chismorreos había, si no, tengo claro que habrían echado aún más mierda sobre su memoria para intentar que el monstruo saliera impune. Cuando leyeron la sentencia, mi padre explotó y empezó a insultar a gritos no sólo a él, sino a todos los componentes de aquel teatro, que habían considerado que el brutal asesinato de mi hermana sólo valía quince años. Yo hice mis cuentas, sabía que en menos de diez estaría fuera, como así fue.

Ni mi padre ni yo pudimos soportar la impunidad y buscamos otro abogado para recurrir, pero nos dio pocas esperanzas. Al año siguiente mi padre sufrió una embolia. Al principio, creíamos que no había tenido consecuencias y, en verdad, no sufrió ninguna parálisis, salvo en el carácter. Mi padre, aquel hombre de hierro, se volvió manso y pusilánime y no se separaba de mi madre como un perrito faldero. Si cuando mataron a mi hermana me pareció que había envejecido de golpe, ahora era como si la senectud lo hubiera fulminado, como si hubiera alcanzado ese estadio final en que los viejos se vuelven frágiles, caprichosos e indolentes como los niños. Ya



no lo volví a ver montar en cólera nunca más, ni a rebelarse contra nada. Se limitaba a ver la televisión con las manos entrelazadas sobre el regazo, a dormirar y, de vez en cuando, a sollozar con todo el disimulo del que era capaz. Supongo que no pudo con la pena, con la pena y la sensación de fracaso por no intentar evitarlo. Todos contemplamos (a pesar de que ella hacía lo imposible por ocultarlos) los frecuentes cardenales que adornaban su piel, todos habíamos fingido que nos tragábamos las estúpidas justificaciones que nos daba de los mismos, todos sabíamos su origen, pero, salvo tímidos intentos de que nos contara la verdad, no hicimos nada.

En el caso de mi padre, esa pasividad se convirtió en obsesión, en una profunda laceración que le hizo perder la cabeza. Estoy segura de que, por ese ancestral instinto, por ese sentido de la caballerosidad que todavía le regía, pensaba que él era quien tenía que haber parado los golpes, protegido a su hija, no dudando en pelearse, si era preciso, aunque su rival era más joven y fuerte. Rosa le decía que no pasaba nada y él callaba, se limitaba a mirarla serio, severo, y daba por buenos ciertos hechos que ocurren puertas adentro, aceptando el inhibirse en los asuntos que suceden en otra casa, pues el otro era su marido, a fin de cuentas, y tenía que hacer lo que dijera, ya antes se lo advirtió, pero no le hizo caso y, ahora, le tocaba aguantarse, a ella y a todos. Además, lo último que querían era armar un escándalo, que se enterara todo el pueblo. Rosa decía que ella sabía manejar a su marido, que no se metieran en lo que sucedía en su casa, y así lo hicieron; y todo siguió su curso.





Quien no sabe lo que es el dolor no lo puede entender. Hay quien tiene la suerte de no haber sufrido en esta vida: todo les viene dado y llegan a viejos rodeados de su mujer o marido, sus hijos y sus nietos. ¡Qué felicidad! No hace falta ser millonario, ni famoso, sólo que no te toque a ti, que la desgracia no se encapriche contigo.

No todas somos iguales, también dentro de las desgraciadas hay sus clases; aunque nos vistamos con el mismo color. Estamos las viudas y, mucho peor, las que han perdido un hijo; que tiene que ser como que te entierren viva. Muchas veces me alegro de no haber tenido hijos y así haberme evitado el pasar por el mayor de los calvarios, pues seguro que, con la suerte que tengo, me habría tocado. Estoy segura de que Dios se me lo hubiera llevado, y eso ya no. Ser huérfana, viuda, hermana de asesino, ya es suficiente. No habría soportado ver enterrar ese trozo de mí, la única ilusión de una mujer, el único consuelo a una vida cargada de calamidades, cansancios, humillaciones y sacrificios. No eso, no. La única forma de ver a un hijo muerto es desde la tumba, abrir los brazos desde allí para decirle: ven, hijo mío, que yo también cuidaré de ti aquí.

A mí, Dios lo quiso así, la desgracia me tomó cariño pero que bien pronto. Qué le vamos a hacer. Se llevó a mis padres y me dejó sola, después lo de mi cuñada y, además de que a mi hermano lo meten preso, la vergüenza, que hasta me daba no sé qué salir a la calle a los mandados, que la gente se me quedara mirando o, lo que es peor, me preguntaran si esto o lo otro; yo que no quería hablar de aquello, que me ponía mala cuando me lo recordaban. Hasta mi propio marido me





miraba de reajo, como pensando que también yo estaba manchada, que dentro de mí corría sangre asesina, y empezó a desconfiar de las comidas que le ponía; pero no hablaba, se limitaba a mirarme torcido con la cara larga y en silencio. Pero es verdad que a él, que en paz descansa, también lo cubrió el velo de la vergüenza, que hasta dejó de ir al bar pues se cansó de tener que ponerse en un rincón él solo y desde allí aguantar que se pitorrearan de él. Ni en el bar, ni en la casa conmigo, prefería irse solo hasta la cuadra (donde yo sé que siempre tenía escondida una botella de vino) y dormir solo. Y cuando ya la cosa parecía que iba serenándose, porque de todo la gente se cansa tarde o temprano, justo entonces, el médico le dice que esa tos, esa debilidad, el estar tan delgado no era por no comerse mis comidas y beber tanto, sino que tenía algo malo, que por dentro estaba comidito de tumores; y en tres meses muerto, el pobrecillo. Y después, para terminar, mi hermano, que, hasta el final, tuvo que ofender a Dios.

Me acuerdo de cuando salió de la cárcel y fui a esperarlo. Me dio sensación verlo así: con esas barbas y tan delgado. Llevaba dos años sin visitarlo porque no quería ver a nadie y hasta pidió que lo trasladaran a una cárcel que estaba en la otra punta de España, pero aquel día hasta me dio un beso. La de años que hacía que no me daba uno y además creo que fue el último. Me dijo que se marchaba a un pueblo de arriba a trabajar en el campo o de pastor porque no quería estar más encerrado y, también, que no le debía decir a nadie dónde estaba. Luego, de vez en cuando, me escribía o me llamaba por teléfono, pero a condición de hacerlo él cuando le parecía. No me dio siquiera un teléfono al que dirigirme. Después, cuando la chica fue a verlo, ¡menuda me montó!, no me acordaba de cómo se podía poner, si me hubiera podido echar mano en ese momento, ya habríamos visto. Me costó que se marchara a otro





sitio y esta vez no me dijera adónde. Ni con los años se enmendó, o quizá sí, y lo que le ocurrió es que no pudo con la pena. Ya no nos lo va a decir a nadie, claro que en vida tampoco le conseguí sacar mucho. Los hombres no saben cargar con las penas, cuando les toca o les da por beber o se cuelgan de una viga, o hacen como si nada, como si se les hubiera olvidado y punto; pero nosotras les hacemos frente, las miramos cara a cara y hasta nos volvemos amigas y confidentes.

Aquella mañana, al abrir los ojos, lo primero que Nieves vio fue el condón usado en el suelo, como recordatorio incuestionable de lo que habría preferido que se tratara de un simple mal sueño. Al tratar de levantarse la volteó una oleada de náusea y mareo que la obligó a dejarse caer, de nuevo, sobre la cama. La boca le sabía horriblemente mal. Sentía la aspereza de lija en la garganta que siempre le dejaba el hachís y en el estómago y la cabeza las consecuencias de la bebida barata. “Qué cabrón. Me mete garrafón y, encima, me folla”, pensó. Cuando, tras estar un buen rato sentada en la cama, consiguió levantarse, lo primero que hizo fue coger el condón, tomando el extremo con el índice y el pulgar a modo de pinza, y tirarlo por el váter. Sabía que no era correcto deshacerse así de él, pero no pensaba quedarse con aquello en la basura hasta que la sacara por la noche. Contempló cómo daba vueltas atrapado por el remolino del retrete y, finalmente, desaparecía por el agujero. Después, abrió la ventana de su dormitorio de par en par, quitó las sábanas y las echó a la lavadora; pero las náuseas regresaron de nuevo y tuvo que salir corriendo hasta el aseo para vomitar. Agarrada a la taza, con un hilo de baba colgando de su





comisura, descubrió que el maldito condón no se había marchado, sino que se había escondido en la covachuela del váter, camuflado en el cerco amarillento de cal. Tiró, de forma compulsiva, muchas veces seguidas de la cisterna y se negó a llorar; aunque sentía unas ganas terribles de hacerlo. Cuando el mareo se hizo controlable, se metió en la ducha. Restregó su cuerpo a conciencia con agua caliente, una esponja áspera y abundante jabón, durante más de media hora. Por último dejó un rato el agua fría arañarle el cuerpo. Necesitaba despabilarse, sentirse viva. “Eso es —se dijo— el agua fría es buena hasta para los locos.” No había nadie en el piso. Sus dos compañeras se habían marchado a sus casas y sólo venían a hacer los exámenes. Eran más de las doce, por lo que Nieves decidió sólo tomar café para desayunar, pero antes abrió su botiquín para acabar con las náuseas y el dolor de cabeza y, de paso, tomarse una Centramina. Con la taza de café humeante se metió en su cuarto. Sacó el tocho de apuntes de la bolsa de plástico de la copistería. Comprobó el número de hojas: ciento setenta y seis. Quitó las gomas que las cruzaban por ambos extremos y las situó sobre la mesa. Les dio unos golpecitos en los lomos para que quedaran completamente alineadas. Dio un trago al café y comenzó a leer. Delante tenía un calendario de mesa que mostraba el mes de junio salpicado de fechas que ella había rodeado con un boli rojo. Buscó la siguiente: el veintitrés, en cuatro días. Disponía de ese tiempo para empaparse esos ciento setenta y seis folios de apuntes. Nieves sintió que recorría todo su ser una ola de pánico y ansiedad. Trató de escabullirse, de relajarse. “Primero una hoja y después otra”, se dijo. Respiró profundamente y rogó que le hiciera efecto pronto la pastilla.

No llevaría ni un folio cuando notó que la cama estaba sin hacer, que los rombos granates y arrugados de la colcha la miraban. Se convenció para aguantar, después cuando parara



para descansar la haría, ahora lo importante era ir pasando folios, debía abstraerse de todo lo demás. Lo intentó durante otros cinco minutos y, finalmente, decidió hacer la cama. Antes de volver a sentarse, reparó en el cenicero, que estaba debajo de la cama. En él se mezclaban algunas colillas de Ducados con otras de su tabaco rubio. De nuevo se acordó de Lete, el tío con el que, según parecía, había pasado parte de la noche. “Por lo menos antes cuando me liaba con un cretino, procuraba que estuviera bueno”, se dijo con desprecio. Era el camarero del último garito en el que estuvieron. Tras el desastroso examen de ayer, sólo le quedaba el consuelo de la juerga. Todos estaban tan quemados de estudiar que parecía que le iban a pegar fuego al barrio antiguo, que no habría alcohol suficiente, que sería antológico. Vacío su contenido en la basura y lo dejó en el fregadero. Cuando llegaron al bar de Lete, ella iba totalmente ciega. No le importó, según parece, que fuera un tío repulsivo: gordo, de pelo y barba enmarañados y sucios, sudoroso y mal oliente y, que encima, miraba a las tías altanero, perdonándoles la vida, mostrando unos dientes negruzcos al sonreír a lo Clark Gable. Con la de veces que, algo más sobria, lo había despreciado. De nuevo sintió arcadas.

Deambuló por las habitaciones del piso. Lo vio decrepito, deprimente, sucio y oscuro. Tenía un pasillo largo, tenebroso. En él desembocaban los tres dormitorios y el único baño y al fondo estaba el salón-comedor que daba al balcón y a la cocina. Sus paredes estaban cubiertas por papel pintado con distintos motivos en cada habitación, el de su dormitorio era un azul claro liso (seguro que fue el dormitorio de un niño), el de una de sus compañeras color crema con cenefas rojas, el de la otra amarillo con diminutos ramos de flores marrones, el pasillo y el salón eran de color vainilla con un motivo de círculos concéntricos de distintas tonalidades marrones que se





repetían en todas las direcciones con un efecto caleidoscópico y, en cierto modo, psicodélico. Más de una vez en que las tres, borrachas o fumadas, se tumbaban en los ajados sofás y sillones del salón creían ver corretear a los dichosos círculos. Todo el piso era uniforme en esa estética trasnochada de los sesenta tardíos. El papel pegado con celo en el tablón de anuncios de la Facultad rezaba: “Se alquila piso amueblado. Céntrico y muy bonito”. Nieves está convencida de que a la mujer que ideó esa combinación de motivos le tuvo que parecer realmente bonito, “muy moderno”, y que hasta puede que allí fuera feliz y lo legara a las legiones de estudiantes que la precederían convencida del favor que les hacía, que hasta se enfadaría de veras si comprobara cómo le han dejado su piso y que por eso sólo aparece por allí su marido, que es quien lo muestra a los inquilinos y va a cobrar cada mes, aunque, pudorosamente, desde la puerta o como máximo desde el pasillo. Seguramente si sus padres se hubieran ido a vivir a Madrid, como les sugirieron su tía y otros muchos que por entonces habían emigrado, la casa de su niñez habría sido de ese estilo y la foto de su madre sobre un charco de sangre tendría de fondo los dichosos circulitos concéntricos, que en la fotografía en blanco y negro se verían todos oscuros, o quizá no, quizá allí las cosas habrían ocurrido de otra manera y se habría criado con su madre y su padre, aunque puede que viéndolos pelearse todos los días, o no, quién lo sabe, tal vez el piso sólo le resulta deprimente a ella porque está como está y todo se lo parece, y ellos allí, fíjate por dónde, podrían haber sido felices.

Sin embargo, al principio, ese piso no le pareció tan mal, significaba la libertad, una parcela propia en la que vivir según sus criterios, sin tener que aguantar sermones ni broncas. Nieves se sumergió en la vorágine de la juerga estudiantil con absoluto frenesí, se entregó a ella como un sediento a un grifo



de agua. Por primera vez en su vida no estaba su tía para hostigarla con lo correcto o con lo inexcusable, ni para recordarle la desconfianza con la que es necesario andar por la vida. No podía hacer juicios sobre la gente que la rodeaba ni de las aventuras en que se embarcaba, sobre si frecuentaba qué lugar o se enrollaba con tal chico. Estaba a salvo de ella. Fue una verdadera liberación. Se sintió impelida por una enorme vitalidad. Durante unos meses vivió la ilusión de una vida sin conciencia y sin pasado, pero, además, se creyó afortunada, pues pensó que era brillante. Se juzgó tan inteligente, que podía permitirse juntarse con los más golfos y sacar las mejores notas. De hecho, en los primeros parciales así fue, aunque para ello tuvo que dejar de ir a clase más de un mes. Sólo a ratos, de sopetón, volvía a las simas profundas y tenebrosas de su autoestima cuando la aguijoneaba algún recuerdo y le daba por pensar, o por una resaca especialmente inmisericorde, alguna conversación telefónica con María o si no la saludaba algún tío con el que se había acostado. Pero no se dejaba abatir durante mucho tiempo porque siempre había alguien dispuesto a salir, pues la fiesta no cesaba.

Nieves siguió deambulando por el piso, observando los muebles ajenos y viejos, los suelos de color desvaído por los limpiadores, la cocina con sus azulejos verdes con roña y las sartenes y cacerolas baqueteadas. Fregó su taza y los restos de la comida del día anterior. Se fumó un Fortuna con ansiedad. No parecía que la maldita pastilla le hiciera efecto. Dudaba si tomarse otra. Mientras daba una larga calada se acordó de las discusiones con su tía por el tabaco, cómo era Nieves la que le regañaba a ella por fumar, al principio, por cariño; después, por desprecio. Cuando, de adolescente, las discusiones con su tía se fueron haciendo más y más frecuentes, empezó a detestar ciertos comportamientos suyos que, hasta ese momento, había



tolerado, por ejemplo, su manía por el orden y la limpieza (por eso hasta le resultó simpático, al principio, el piso cutre en el que vivía), que la machacara continuamente con que leñera, con que tomara más fruta, o que se pusiera esto o lo otro. Sin embargo, había otros aspectos suyos, mucho más triviales, que la asqueaban profundamente y en los que, hasta entonces, no había reparado: sus zapatillas de paño a cuadros que se ponía sobre las medias, su bata guateada de color marrón, su pelo corto entrecano y sus hombros ligeramente manchados de caspa, sus dientes inferiores torcidos y amarillentos, esa pelusilla oscura que le aparecía sobre el labio superior (y cuya presencia se negaba a aceptar durante semanas), el gesto de asco con que adornaba su rostro cuando se enfadaba o pretendía recriminarle algo en silencio, el olor del perfume que usaba y, lo que era peor, el del humo de su tabaco negro, que nunca antes le había molestado y ahora odiaba. Cuando llegaba a casa le soltaba a su tía: «¡Apesta!», con una evidente segunda intención. Pero, sobre todo, sus consejos sobre hombres la ponían frenética.

—¡Cómo coño sabes tú cómo son los hombres si tienes la experiencia de una monja! —le gritaba.

—¡Pues quizá ha sido por estar contigo! —replicaba María dolida.

—Pues por mí que no sea. ¡Anda, tía, échate un novio, que falte te hace! Seguro que se te va la mala leche.

—¿Uno como el de tu madre, tal vez? —le espetaba María con todo el veneno del mundo.

No tuvieron pelos en la lengua a la hora de discutir y hasta llegaron a las manos alguna que otra vez.

Nieves, tras tomarse otra Centramina, ha vuelto a los apuntes. Parece que las pastillas empiezan a funcionarle, pues pasa folios sin cesar. Su cerebro se empapa de los nombres, tras apenas un vistazo es capaz de repetir sin dificultad las





definiciones, aprehende los mecanismos con una clarividencia excepcional. Siente la euforia, el subidón. No se dice: quién sabe, con un poco de suerte..., no, está segura de que lo va a conseguir.

A eso de las seis se detiene. Lleva cuarenta folios. Cae en la cuenta de que no ha comido. Aunque no tiene hambre, se hace un sándwich y más café. Regresa al trabajo, pero su ritmo ya no es el de antes. Han retornado el dolor de cabeza, el vértigo y la ansiedad. Siente una sed horrible. Se da cuenta de que se ha acabado la botella de dos litros de agua que tiene sobre la mesa. Nota palpitaciones. Le da miedo tomarse otra pastilla, pero mira con desesperación el taco de fotocopias. Es imposible, se dice, meterse eso en tres días. Sabe que lo sensato sería dejarse esta asignatura y dedicarse de lleno a la Anatomía, así para ella dispondría de ocho días, un tiempo razonable, pero no puede. No, no es lo mismo que le queden dos que tres. No, si le quedan dos para septiembre siempre puede aducir el ocho y el nueve que ha sacado en Bioquímica y en Historia de la Medicina, puede decir que le ha ocurrido por intentar sacar nota, porque eso en Medicina es lo importante para luego conseguir una buena plaza en el MIR, que no ha sido porque ha fracasado, porque no es tan lista como se creía. “Pero es que pueden ser, incluso, más”, se castiga, “tal y como se te dio el examen de ayer, podría ser una más. Y mira que llevabas un siete del parcial de febrero. ¡Qué desastre!”. Percibe que se hunde, que el bajón de las anfetaminas la arrastra hacia profundidades abisales, que todo se vuelve oscuro, que el agobio que siente la devora. Nieves sólo piensa en estudiarse todas las hojas, el mundo se circunscribe a esas hojas, y en la última hora sólo ha terminado dos. No es capaz de concebir que, con mirarse una parte, puede tener suerte y aprobar, pues en su angustia no existe ni el azar, sólo desesperación y un objetivo imposible al que entregarse.





Enciende la radio, aunque siempre ha sido de las que exigen silencio absoluto para estudiar, buscando alivio. Por evitar distracciones prefiere quedarse sola en el piso y no marcharse, como algunos de sus compañeros, a la biblioteca, pues eso supone una pérdida de tiempo estúpida: arreglarse, ir, venir, hablar con unos y con otros, levantar mil veces la cabeza de los apuntes para ver quién viene y va. Sin embargo, ahora, muchas veces tiene que ponerse música para intentar huir, para escapar de la zozobra del desaliento y la ansiedad que a veces le produce la letra negra y angulosa de las fotocopias, que le pincha los dedos como alfileres y le dispara el pulso, hasta hacerla creer que el corazón le reventará en el pecho, que o sale huyendo, o explotará. Comenzó poniéndose música clásica, pero eso le recordaba a su tía y la deprimía todavía más. Después se ponía música tranquila, sobre todo en inglés, para que las letras no la distrajeran, pero últimamente recurre a la radio, pues la relajan las entusiastas y alegres voces de los locutores de radio-fórmulas.

El párrafo que la ocupaba la estaba sacando de quicio. Los apuntes de Ángela eran excepcionales, pero aquello no tenía ni pies ni cabeza. Era contradictorio. Se debía haber equivocado al copiar o se le habría pasado algo. Releyó, exasperada, varias veces la hoja entera, buscó alguna conexión antes y después: nada, no se aclaraba. Lo peor es que tenía pinta de ser importante, seguro que se lo saltaba y le caía en el examen. Abrió el enorme libro de Histología, buceó entre su inmensidad, sin ningún resultado.

—¡Vaya una mierda! —gritó mientras estrellaba el libro contra la pared con un ruido tremendo y observaba cómo quedaba abierto sobre el suelo, con sus páginas montadas unas sobre otras como si fuera un abanico.

Nieves mira el montón de folios que le queda como a





un animal dispuesto a devorarla. Se hunde. Aquello ha sido el colofón. Nota ese hormigueo en las extremidades que le anuncia un ataque de ansiedad, después sentirá el pulso en las sienes, los terribles pinchazos en el pecho. Se ahoga como si tuviera kilómetros de océano sobre ella. Un llanto irreprimible se apodera de ella. No le queda más remedio que salir de allí.

Con los dedos temblorosos apura el cigarro sentada en un banco del parque. Es un parque pequeño y polvoriento donde cuatro plantas mal cuidadas sobreviven en los parterres. En el centro, unos columpios, un tobogán y un balancín. Dos madres conversan mientras sus hijos juegan a caerse. El banco donde está sentada Nieves alguna vez estuvo pintado de marrón, pero ahora, acribillado a inscripciones, muestra un color pardusco, como la mugre de las uñas. Ha refrescado, el día agoniza. “Otro día estupendo que se me ha escapado”, se dice. No cae en la cuenta de que el parque es calcado al que tenía debajo de su casa y al que su tía la bajaba para que se columpiara, con cien mil temores y reparos, como ahora hacen esas madres. Ni tampoco se acuerda de su padre, aunque inconscientemente se esté rascando la cicatriz, de un rosa aún vivo, en la palma de su mano. Nieves sólo se concentra en intentar capear las sensaciones que están a punto de acabar con ella, en sobrevivir a las oleadas de sofoco y mareo que vienen y van imparables, a la impresión de que el aire es sólido y no puede penetrar en su pecho, a la adrenalina que se mueve descontrolada por sus venas y le dispara el pánico y el corazón. Su mente es ahora su enemigo, puede que todo lo demás la haya llevado hasta allí, pero, ahora, ella sabe que tiene el enemigo en casa, dispuesto a destruirla.

El regreso al piso fue como el regreso al infierno. La luz amarillenta del pasillo apenas penetraba en las tinieblas del salón. Encendió todas las luces, la televisión. No tenía apetito,





pero sabía que debía comer. Consiguió beber dos vasos de leche, aunque estuvo a punto de vomitar. Se llevó los apuntes a la mesa del salón. Las palabras de la tele parecían combinarse con las de los apuntes como en una danza absurda. Era imposible, mejor intentarlo mañana. Pero no tenía sueño, aunque tenía que dormir. Le daba miedo tomarse otra Centramina hoy, mejor al levantarse. Se acostó. En el silencio, su mente campaba a sus anchas, como un niño malvado e inconsciente, tocando aquí y allá: ahora siente dolor, ahora miedo, calor, frío, ¿crees oír voces?, ¿estás enferma?, es imposible que te duermas, no dejaré que te duermas, no te va a dar tiempo, ¿cómo le dirás a tu tía que has fracasado?, el año que viene no tendrás beca, ¿qué harás?, y si ese cretino del Lete te ha pegado algo, ¿te imaginas tener un hijo suyo?, no te has lavado los dientes, quizá quede algo de él en tu boca.

Nieves se levantó. No podía más y tenía que dormir. De su botiquín sacó un frasco cilíndrico de plástico blanco con el logotipo del hospital universitario. Contenía barbitúricos, todo se podía conseguir cuando se tenían amigos en los cursos superiores. Tomó una cápsula. Recordó que con algo así se suicidó Marilyn, y el frasco dejó de parecerle tan prosaico. Se dejó caer sobre la cama con elegancia, como una gran estrella a punto de apagarse.

Al día siguiente se despertó tarde, con una sensación de tremendo cansancio y la cabeza entre brumas, a pesar de haber dormido doce horas. De nuevo, al ponerse en pie sintió un mareo incontrolable, la boca seca y ganas de llorar.

Esta vez se tomó las dos Centraminas a la vez, con el café, y sintió su efecto de inmediato, pero apenas le duró tres horas y unos veinte folios. Después, no podía estudiar, mas su mente le dictaba la necesidad de otra actividad. Se acordó de que a su blusa azul le faltaba un botón. Durante un buen rato



intentó enhebrar la aguja sin éxito, finalmente empezó a coser el botón con hilo de otro color utilizando una aguja ya enhebrada, pinchándose varias veces. Rompió la camisa al intentar cortar el hilo. Se le cayó el costurero. Las madejas, las tijeras, las agujas... todo se le mezcló y fue incapaz de volver a colocar cada cosa en su sitio. De rodillas, empezó a esparcir todos los objetos por el suelo a base de manotazos frenéticos. Después se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar, histérica.

Al pasar la crisis, haciendo acopio de toda su voluntad y pundonor, se sienta ante su mesa otra vez. De nuevo mira la fecha rodeada por un irregular círculo rojo. De nuevo intenta darse ánimos diciéndose que, además de ésa, sólo quedan dos más, pero ya no resulta. Nota que ha llegado al límite de sus fuerzas, que no puede más, aunque intenta seguir con los malditos folios. En una última maniobra suicida, extrae uno del montón ya estudiado, de los que ayer le parecieron tan fáciles. Descubre que ni tan siquiera le suena, que el sueño lo ha borrado todo. Desesperada se tira del pelo, se golpea. En la radio suena una canción de Sabina: *Quién me ha robado el mes de abril*.

En la cabina que hay debajo de su casa, frente al parquezuelo, marca el número. Los sollozos la ahogan y, nada más escuchar la voz ronca y distorsionada de su tía, se derrumba.

Batty, el jefe de los replicantes, ha ido a pedir cuentas a su creador por haberlo hecho imperfecto, por haberle limitado la vida. Tiene el pelo blanco y un rostro fuerte, teñido de rojo por la luz titilante de las velas. Sus ojos febriles lo miran. Sus





párpados están enrojecidos y su frente perlada de sudor. Sonríe a su creador, después lo besa en la boca y, por último, le introduce los dedos en los ojos; aunque la imagen gira hacia Batty, y sólo muestra su mueca de frenesí mientras acaba con él.

Nieves contempla la pantalla con pavor, sintiendo un escalofrío que la recorre de arriba abajo.

Herminia, por fin, me desveló dónde vivía, en una de las visitas que le hice al poco de marcharme de casa de mi tía. Lo encontré en un pueblecito pequeño, hacia el norte, a sólo un par de horas de Madrid. Estaba jugando al dominó con otros tres hombres y sonreía. Llevaba la camisa arremangada y, aunque sé que resulta una imperdonable frivolidad, me fijé en sus fuertes brazos. Estaba casi idéntico a la foto suya que tenía y que me había dado Herminia. Llevaba la barba muy poblada y el pelo abundante, ambos entrecanos, pero no tenía apenas arrugas. No había sido fácil convencer a Herminia para que me lo contara, mas ahora no sabía cómo continuar. Me había plantado allí en un arrebato, no sé si por la euforia de mis resultados en los parciales o por algún subidón descontrolado de las Centraminas, el caso es que llegué a pensar que todo era posible; pero al bajarme del autobús mi ímpetu ya no era el mismo. Lo contemplaba dándole la espalda, a través del espejo, jaspeado de botellas, que forraba la pared de la barra; sin atreverme a darme la vuelta. Cuando acabé la coca-cola salí de allí. Había un pequeño parque enfrente. Me senté en uno de sus bancos. Desde él podía contemplar la puerta del bar y, a través de uno de los ventanales, la silueta de mi padre en su partida.





Cuando salió lo seguí sin disimulo, por lo que no tardó en girarse y mirarme con aire hosco y receloso. «Soy Nieves», le dije. Ahora me miraba perplejo. Intentó una sonrisa, pero no le salió.

Regresamos al mismo bar y nos sentamos en una de sus mesas. «¿Cómo me has encontrado? —me preguntó mientras se encendía un cigarro—. «¿Te lo ha dicho la Herminia?» No contesté, lo miraba en silencio. Su voz era fuerte, mas era lógico, con el bullicio, el televisor, las tragaperras..., era difícil entenderse. Exhalaba un fuerte olor corporal que se mezclaba con el humo de su tabaco negro. «Mira —siguió—, a mí me gusta estar solo, ¿comprendes? Sé que tu tía te crió bien, que tienes estudios y todo eso...». Calló, no sabía qué más decir. Yo, sin embargo, tenía muy claro lo que quería saber, aunque tenía pánico de preguntarlo. «¿Por qué?», dije al fin. Giró la cabeza, miró por el ventanal hacia la calle ya en penumbra. Las volutas de humo le desdibujaban el perfil, su rostro se duplicaba en la oscuridad del cristal. «Cosas que pasan entre hombres y mujeres», me respondió al fin, sin que lograra descubrir una sombra de arrepentimiento en su mirada.

Se levantó y se dirigió hacia la barra para pagar. Sobre la mesa había dejado el tabaco y el mechero. Metí éste último en mi bolso y salí de allí. Cuando sentí el frío de la calle en la cara, caí en la cuenta de que, durante nuestra entrevista, ni tan siquiera nos habíamos rozado.

Mientras esperaba el autobús, quemé su foto con su mechero. Me sentía llena de rabia, de odio, quería llorar y no podía. Yo, que tanta facilidad tengo para las lágrimas, no podía. Extendí mi mano izquierda, puse el mechero debajo y empecé a quemar mi palma, un segundo, dos, seguía aguantando, percibiendo el olor de mi carne, de su carne, quemándose, hasta que, por fin, el dolor me arrancó un llanto violento y convulso.



Karen lo ha perdido todo, las deudas con los bancos y el incendio le han quitado la granja, tiene que vender todas sus pertenencias y marcharse de África. Eso de contemplar impotente cómo unos extraños escarban en tus cosas, cómo manosean esos cachitos de tu vida que has ido adquiriendo con tanto amor, tiene que ser terrible; o que critiquen si les pasa esto o les falta lo otro, igual que si hablaran de tus propios defectos, como si te contemplaran desnuda y te señalaran asqueados tu celulitis o la flacidez de tus piernas. ¿Quién se quedará con mis cosas cuando yo muera? Supongo que mi sobrina, claro. Aquí, afortunadamente, no se estila, como en América, poner un mercadillo en la puerta y venderlas. Así que tendrá que tirarlas a la basura o regalarlas a alguien. Espero que, al menos, ese alguien las merezca. Quizá se quede con algunas, que no serán las que yo elegiría, si estuviese en su lugar, por supuesto. En fin, qué me puede importar, si ya estaré muerta. Me conformaría con que, hasta entonces, nos siguiéramos hablando. Eso no es poco. No voy a pretender, ni mucho menos, que sea otra vez la niña que me quería. Espero que, al menos, no nos hagamos más daño, que no dude que la quiero y que vierta alguna lágrima por mí cuando muera. En eso confío. Si fue capaz de hacerlo por su padre, ¿acaso no lo merezco yo más?

Esta es mi escena preferida: Karen acude a la recepción del nuevo embajador. Lleva un traje de chaqueta de color crudo, una pamelita ovalada de lino, guantes y un pañuelo al cuello. Aunque lo ha perdido todo y se tiene que marchar, lucha hasta el fin por conseguirles un lugar donde vivir a sus nativos. Insiste ante todos y no duda en ponerse de rodillas delante del mismísimo embajador, humillándose ante toda la aristocracia por ese noble objetivo. Se me saltan las lágrimas al verla así, con ese traje precioso y su sombrero de rodillas,

olvidando el orgullo, pero tan digna, sin importarle que todos la miren, no sólo con desdén, sino hasta con desprecio.

Ojalá yo fuera capaz de tragarme el orgullo y confesarle a mi sobrina que me da terror que se vaya, que la necesito, que es lo único que tengo, la única razón de que todo tenga algún sentido, de que mi vida haya servido para algo, que no puedo pasar los días sin verla, sin tocarla. Me gustaría ser capaz de tirarme a sus pies, besárselos, rogarle que no se fuera, que se quedara junto a mí, pedirle perdón por todos mis errores y jurarle que no los volvería a cometer; y llorarle, si es preciso, sin ningún pudor. Pero siempre me trago las lágrimas delante de ella, la súplica se me convierte en rencor y rabia y no puedo contenerme. Después, a solas, me miro en el espejo y me digo eres estúpida, eres idiota, de qué te sirve tanto orgullo, tener siempre la razón; y ahí es cuando me deshago en lágrimas, pero nunca delante de ella, aunque no pueda contenerme con una maldita película.

Contemplo las fotos del verano en que estuve por primera vez en ese lugar, el pueblo junto al mar hacia el que me encamino sola, aunque cargada de esperanzas y temores.

He abierto la caja en la que guardo todos los álbumes de mis viajes. Cada uno tiene el suyo. Todos los veranos hacíamos uno, a veces dos, y gracias a ellos puedo distinguir un año de otro: que si el que me fui a Italia, que si el que estuvimos en Argentina, etc. Menudas broncas tenía con mi tía porque ella los consideraba un tremendo despilfarro. «¿Por qué no ahorras algo y te compras un piso, en lugar de tener que pagar un alquiler todos los meses? ¿Y qué me dices de estos muebles?



Son de piso de estudiantes.» Pero a mí me daba igual. No hay nada más maravilloso que hojear los folletos, ir a la agencia y soñar con un lugar remoto, sentir la emoción mientras se planifica y se prepara la maleta, llegar a un aeropuerto y, en unas horas, aparecer en el otro extremo del mundo. Es mágico elegir un destino y dedicarse sólo a empaparse de él, apartarse totalmente de la rutina, bañarse en playas paradisíacas, probar comidas extrañas y exóticas, ver los lugares donde otras gentes gozaron y sufrieron hace siglos o, incluso, milenios y dejaron increíbles vestigios para que nosotros pensáramos en ellos, para conmovernos después de tanto tiempo, hablar a voces y reír con las amigas sin que nadie te entienda, no tener otro cometido que disfrutar y sentirse reinas por unos días.

Sí, quizá sea una frivolidad pasarse todo el año pensando en un viaje que se hará el próximo verano, pero para mí muchas veces fue una tabla de salvación, una forma de resistir el largo y crudo invierno, los días de lluvia y frío en los que el gris del barrio se vuelve aún más mezquino, si cabe, las tardes encerrada en casa, sin otro consuelo que la televisión, las mañanas en el colegio en las que descubría las secuelas de un padre violento en un niño o las de otro tan niño como él, la tristeza de aquél al que no han preparado nada para el desayuno o la angustia del que aguarda a la salida en la puerta, mientras todos se marchan, sin que nadie lo venga a recoger. Cuando me cambio al llegar a casa, agotada, noto que mi ropa huele como la de mi tía: a tiza, pegamento, sudor de niños y desencanto; pero miro mis fotos y los recuerdos me animan, y si pienso en dónde iré después, hasta puedo ver las cosas de otro color.

Sí, soy frívola, como no para de repetirme mi tía. Por eso quizá soy capaz de marchar de su lado, a pesar de que ella me dio el cariño y el calor gracias al que he crecido, de que me recibió con un beso cuando la llamé aquel día desde de la





cabina, al borde del precipicio, desesperada, a punto de terminar con todo y me apoyó en mi decisión de abandonar Medicina y empezar Magisterio, en lugar de machacarme por ello y reprochármelo durante el resto de mis días, como yo habría jurado que haría. Sin embargo, su amor no ha sido gratuito y lo he tenido que pagar, como el alquiler, de forma regular, pues mi tía es tan implacable como mi casero.

En los primeros viajes que hicimos, fuimos a lugares relativamente cercanos: Francia, Italia, Irlanda... Esos primeros años viajábamos las cuatro que hicimos piña el primer año en que, totalmente novatas, aterrizamos juntas en el colegio. La que primero se apartó del grupo fue Monse, que consiguió el traslado hasta su Segovia natal, pero se nos incorporó Raquel, que llegó ese año en su puesto. Juntas aparecemos en los álbumes de Finlandia, Canadá y Argentina; pues nos volvimos más aventureras y derrochadoras y elegíamos destinos más lejanos. Mas al año siguiente nos falló Paqui, que decidió irse de viaje con el chico con el que había empezado a salir. A Venezuela sólo fuimos María José, Lourdes y yo; ya que también Raquel se marchó y perdimos el contacto. Al año siguiente repetimos las tres a Turquía, sin duda el más desastroso de nuestros viajes, y también al otro, esta vez a Kenya, que fue, sin duda, el más maravilloso. Sin embargo, en el siguiente no nos acompañó María José, pues se casó, así, por sorpresa, con un antiguo novio suyo, en tan sólo unos meses. Sólo me quedó Lourdes para viajar, juntas fuimos a Egipto. Siempre que planificábamos nuestros viajes, cuando se proponía Egipto, yo me oponía porque les decía que era el viaje de mi luna de miel. Las otras se reían y buscaban otra opción, pero ese año Lourdes se empeñó en ir a Egipto y me dio vergüenza, a estas alturas, plantear ese argumento. Ella y yo nunca nos llevamos especialmente bien, pero nos soportábamos, gracias a las otras.





Nos tiramos discutiendo todo el viaje, así que, al año siguiente, a ninguna se nos pasó por la cabeza repetir la experiencia. Éste, no he ido a ninguna parte, salvo unos días al lugar al que me traslado. Por fin, como quería mi tía, he ahorrado algo, que me viene muy bien para marcharme.

He leído en los lomos de los álbumes los nombres mágicos de esos lugares y he abierto algunos al azar. Me he detenido en el que corresponde a ese pueblo junto al mar al que dirijo mi vida, que no es tan sugerente, sino mucho más prosaico. Fuimos allí por casualidad, para desquitarnos del desastroso viaje a Turquía en el que nos pasó de todo: nos perdieron las maletas, nos alojaron en un hotel horrible, tuvimos que esperar un día entero en el aeropuerto porque cancelaron nuestro vuelo y, además, nuestra relación con los turcos (guías incluidos) no fue muy buena. Así que decidimos aceptar la invitación que nos había hecho Pili, una antigua compañera nuestra que ahora vivía allí; y lo pasamos estupendamente, tal y como las fotos lo muestran. Me fijo en una en la que me encuentro en un mirador: mi cuerpo se recorta contra el añil del mar combado en el horizonte y, más arriba, el azul del cielo, descolorido por tanta claridad, apoyo los brazos sobre la baranda, a mi izquierda una buganvilla cargada de flores fucsias, a mis pies los pinos en tamaño decreciente bajan la ladera; más al fondo, las casas blancas, contra las que destacan groseramente algunos bloques de viviendas, y, finalmente, la playa. Me encanta esta foto, la sonrisa sincera y luminosa que llena mi rostro. Con sólo mirarla, percibo el olor de los pinos en la ladera en la que el mirador se encontraba, ese olor, tan especial, que sólo son capaces de exhalar cuando el mar está cerca.

Yo también creo que su presencia me ayudará a ser feliz, que me ayudará a curarme de la podredumbre de la desgracia,





del rencor y la soledad, cuyas manchas hace muchos años que contemplo sobre mí y veo crecer poco a poco. No quiero marchitarme aquí como mi tía. Necesito marcharme. La huida es una cuestión de supervivencia y no una volubilidad, como afirma ella. Me da mucha pena abandonarla. Sé que ella está aterrada por mi marcha, aunque preferiría morirse antes de confesármelo, pero debo intentar salvarme. Además estoy convencida de que si no nos alejamos la una de la otra, acabaremos destruyéndonos mutuamente. Yo la quiero. Ha sido mi madre. Por mí renunció a su propia vida. Todo se lo debo, pero nuestra relación está viciada, hace años que no hace sino empeorar. Quizá poniendo tierra de por medio las dos aprendamos a perdonar y a respetarnos. Una vez leí que las personas tendemos a recordar más lo bueno que lo malo, que es algo así como un mecanismo de supervivencia. Ojalá el tiempo y la distancia nos sean favorables y volvamos a querernos como cuando yo era niña, que se eleve esta niebla oscura que nos envuelve y, de nuevo, nos veamos como madre e hija, que durante los pocos días que estemos juntas seamos capaces de soportarnos sin desempolvar el pasado, sin explotar ante el insoportable defecto ajeno, y quede sólo el cariño y los momentos felices.

Continúo con las fotos de ese viaje. En otra aparecemos junto a un grupo de chicos que conocimos. A mi lado está Javi. Tiene el pelo castaño y muy corto, la cara redondeada y llena, los ojos grandes, oscuros y una boca sensual de labios gruesos, eso fue lo que más me gustó de él al verlo. Era de estatura media, apenas me sacaba unos centímetros, y cintura ancha. ¿Qué habrá sido de él? ¿Se habrá casado? ¿Habrá engordado más? No se despegó de mí en todo el día que estuvimos con ellos. Terminamos la noche en una discoteca al aire libre, llena de plantas y con una enorme piscina en medio. En uno de sus







extremos había una balastrada desde la que se veía, a lo lejos, el mar. Allí me besó largamente mientras amanecía. Nos separamos al cesar la música, pues el local cerraba. Nos acompañaron hasta nuestro hotel, a toda prisa, pues nuestro vuelo salía a las nueve. Me volví a Madrid con tan sólo esos besos, con el corazón conmovido como una adolescente tonta.

María había ido al piso de Nieves, como ésta le había pedido, a regar las plantas. Cumplido su objetivo, dio una vuelta por todas las habitaciones, según su costumbre, para comprobar que había dejado todo como es debido. Descubrió, con reprobación, que en el frigorífico había una bandeja de carne que, a pesar del embalaje, comenzaba a oler. “Menos mal”, se dijo, la puso en la basura y siguió con su ronda. Tomó una blusa doblada, que estaba sobre una de las sillas de la cocina, la volvió a doblar y la puso en el armario. Sobre el lavabo del cuarto de baño encontró unos pendientes, que llevó hasta su cajón correspondiente en la coqueta. Sabía, mejor que su sobrina, dónde se guardaba cada objeto. Por ejemplo, que los preservativos estaban en el segundo cajón de su mesita de noche. Conocía, incluso, cuántos había en la caja y, a partir de ese dato, podía deducir si su sobrina había tenido algún visitante o no. Cuando pensaba que esto había sucedido, ni que decir tiene que no se atrevía a preguntarle directamente, se limitaba a mirarla suspicaz, expectante, después hasta impaciente y cuando, por fin, se daba cuenta de que su sobrina no le contaría nada de nada, se ponía de mal humor y se mostraba con ella de la forma más desagradable y cortante posible. Mas no sentía ningún escrúpulo por curiosear en los



cajones de su sobrina, le parecía algo normal, un comportamiento natural de cualquier madre solícita y vigilante.

María miraba todo con desagrado, sin entender cómo su sobrina podía vivir tan al descuido, en una casa carente de gusto, con muebles baratos y fotos y pósters en las paredes, sin un marco siquiera. Fue entonces cuando descubrió que, en el salón, parpadeaba la lucecita roja del contestador, indicando que había mensajes. Se dispuso a escucharlos para, si había algo realmente urgente, comunicárselo a su sobrina. Le sorprendió escuchar la voz de Herminia, al principio algo cohibida y trastabillada, pero después adquirió una familiaridad que a María sorprendió y disgustó. Sabía que se llamaban de vez en cuando, que Nieves la había ido a visitar alguna vez, pero ese tono cómplice desvelaba mucho más. Comenzó anunciándole que la llamaba por algo importante, pero pareció olvidarse y se puso a divagar: «¿Cómo estás? ¿Estás bien? ¿Te has echado ya novio? Oye, qué bonita la bata que me regalaste, cuando me la probé y me miré al espejo... ¡qué cosa más bonita!, y tan fina, que da gusto tocarla. Además me queda bien, si ni tan siquiera le tengo que coger abajo, como creía. No sabes cómo me alegró que fueras a verme al hospital. ¡Fíjate que traerme flores! A mí que nadie me había regalado flores en mi vida. Que esperaba flores, como mucho, cuando me muriera, y ni siquiera, porque ¿quién me las iba a llevar? Y tú me traes flores, y no sólo flores, sino hasta bombones. Muchas gracias, hija mía, no sabes cómo te lo agradezco. Aunque no pueda comérmelos porque el médico me ha dicho que tengo un poco alto el azúcar, pero aquí los tengo guardados para cuando vengas a verme. Por cierto, yo estoy muy bien, la cosa ésa que me pusieron va bien. Llevo la pierna más derecha que una vara. Vamos, ya verás cómo voy a andar con el remo nuevo. Viene una ambulancia hasta mi casa para llevarme a la rehabilitación y, aunque me



hacen mucho de penar allí, son muy simpáticos conmigo. Yo aguanto, porque me dicen: cuanto más aguante usted, mejor».

La voz de Herminia calló durante unos segundos.

—Perdona, hija —continuó—. Tanto hablar y no te he dicho lo principal, para lo que te he llamado, pero es que me da cosa, sí, por eso me he liado con lo otro.

Se hizo el silencio de nuevo.

—Verás —prosiguió—. Me han llamado por teléfono. Me llamaron antes, bastantes veces, según me han dicho, mientras estaba en el hospital. El caso es que... que tu padre se ha muerto.

La carretera bajaba ahora hasta un valle. Se veían al fondo las casas desperdigadas, sobre la falda de una loma. Resultaba difícil llamar a aquello pueblo, no sólo por las pocas unidades que lo formaban, sino porque cada una parecía que brotó donde quiso. Las fachadas mostraban un color terroso, sólo algunas se notaban pintadas no hacía mucho. De unas cuantas ascendían penachos de un humo gris, perezosos, como si les costara escapar. El valle era atravesado por un río que cruzaron a través de un puente de piedra, en el que la carretera se estrechaba aún más. El cartel que les anunciaba que, por fin, habían llegado, estaba flanqueado a ambos lados por una alameda que conducía hasta las primeras casas. Tras casi una hora circulando por una carretera sinuosa, entre pinares desiertos, el taxista no pudo evitar un suspiro.

—¿Y ahora qué? —le preguntó.

—Pues no sé. Para por ahí y preguntamos.

Herminia se convenció de que el dinero gastado estaba



más que justificado. «Vamos, hasta aquí cómo iba a llegar en autobús, seguro que ni hay». Cuando la llamaron y se lo contaron, le dijeron lo de las cajas. Se dio cuenta de que ella no podría acarrear todo eso desde allí sola. Así que llamó a los dos taxistas de su pueblo, por separado, por supuesto, y regateó con ambos sin tregua hasta que consiguió que uno de ellos cediera, tras la dura negociación, a llevarla hasta allí por una cantidad ridícula.

Un hombre mayor sentado en un poyo, junto a la puerta de su casa, le informó sobre dónde ir. El hombre hasta se quitó la boina y le dio el pésame.

El taxi sigue a un flamante todoterreno por un camino de tierra que se aleja del pueblo y sube hasta otra loma vecina, más alta, donde hay una tapia blanca, por la que sobresalen cipreses.

—Sí que tienen lejos a los muertos aquí —bromea el taxista.

—Es que nos escasea el terreno llano —explica el hombre del todoterreno—. El poco que tenemos nos viene corto para las huertas y el campo de fútbol. Además, desde aquí tienen mejores vistas.

Después se dirige a Herminia:

—Si alguna vez viene a verlo, puede hacerlo cuando quiera, aquí siempre está la reja abierta —le señala.

La conduce entre las hileras de lápidas hasta el extremo opuesto de la entrada.

—Ya ve, aquí el cura sigue empeñándose en ponerlos aparte —le explica.

El hombre le muestra un montículo de tierra sobre el que hay una placa de granito y en la cabecera una cruz de hierro. Herminia, sin las gafas, sólo es capaz de ver la inscripción D.E.P., aunque el hombre le asegura que está el nombre



completo de su hermano. Se santigua y comienza un avemaría. Las lágrimas corren por sus mejillas arrugadas en silencio, mientras ella continúa con sus oraciones.

Llegaron hasta una casa grande, de piedra, quizá la mejor del pueblo. El hombre los condujo hasta una nave que había a su lado.

—Mire, está todo ahí —dijo, señalándole en un rincón unas cajas arrumbadas.

Oía a una mezcla de gasoil, azufre y fertilizante. El polvo brillaba en los rayos de sol que se colaban desde fuera.

—¿Todo lo suyo está aquí?

—Sí, ya le dije que no tenía muchas cosas.

Herminia abrió las cajas. Empezó a estudiar su contenido. En una de ellas había una escopeta, una canana y una caja de cartuchos.

—Yo esto no lo quiero —dijo Herminia con repulsión—. ¿La quiere usted?

—¿Está segura? Es buena, vale dinero.

Herminia negó con la cabeza, mientras le pasaba la caja al hombre.

—Pues se lo agradezco. Sabe, yo también soy aficionado a la caza. Claro, que por aquí, no hay mucho más que hacer. ¡Buenos ratos he echado con su hermano!

Empezaron a cargar las cajas en el taxi.

—Dígame qué les debo por el entierro.

—Eso no. Lo menos que se puede hacer por alguien que ha vivido aquí, contigo, es darle sepultura. Además, lo hicimos con gusto. Es la última ronda a la que convidar a un amigo. Pero no se apure, aquí el terreno es barato y no como en las capitales. El ataúd y la lápida salió por poco, entre todos, a casi nada. Era un buen hombre, poco hablador y algo triste, pero cada uno es como es.





—Muchas gracias —dijo Herminia emocionada, sonriéndole por primera vez.

—Siento no haberle llevado a donde vivía pero está bastante apartado, aunque él decía que no le importaba vivir tan retirado, a unos tres kilómetros de aquí y de mal camino, el taxi seguro que daría en los bajos, es donde guardamos el ganado. Además, ahora vive allí una familia rumana. Fíjese qué cosas, venir desde tan lejos a parar aquí.

Una vez que todo estaba cargado, Herminia se dispuso a despedirse.

—Ah, se me olvidaba —dijo el hombre—. ¿Qué hacemos con el perro?

—¿Qué perro? —preguntó ella.

—Pues el de su hermano.

El hombre cruzó la calle y al poco reapareció con un podenco, algo flaco, que saltaba su lado.

—Mire qué contento se ha puesto. Se nota que está harto, el pobre, de estar atado. No está acostumbrado.

El taxista, que ya estaba de por sí de mal talante, miró a Herminia y le dijo con brusquedad:

—El perro al coche no sube.

—Es un buen perro de caza —dijo el hombre—. No pierde una pieza. Si no le hace objeto, yo me lo quedo.

Herminia escrutó al animal con calma, con todo el detalle que le permitían sus ojos présbitos.

—¿Y cómo se llama el perro? —preguntó.

—Pues no sé —contestó el hombre sorprendido.

—¿Por qué no me llamaste para decírmelo? —preguntó Nieves furiosa.

—Ya no tenía remedio. Llevaba enterrado casi un mes y, además, teniendo en cuenta quién fue, ¿crees que merecía que regresaras de tu viaje por él? ¿Eres tonta o qué?



—¿No crees que tenía derecho a decidirlo yo misma?

Su tía la miraba con frialdad, aunque notaba que le brotaba, poco a poco la rabia. Ante la reacción de su sobrina, había respondido, al principio, con desdén, pero se iba encabritando poco a poco. Después se reprocharía a sí misma ser tan estúpida, tan prepotente, tan soberbia. ¿Qué trabajo le habría costado mentir? Por qué no contestar que no, que ni se le había pasado por la cabeza revisar sus mensajes, que por quién la tomaba y todo eso, fingir un poco, aunque ella la habría seguido mirando con recelo, adoptar el papel de ofendida por sus insinuaciones, esquivar, por una vez en su vida, la tormenta. Una sospecha no es una certeza. Se habría evitado todo aquello. Pero su orgullo le impide dejar pasar un invite. Siempre entra al trapo, cae en cualquier celada.

—Eres idiota, si crees que lo merecía.

—Era mi padre. ¿Es que no lo entiendes?

María le sostuvo la mirada; con voz alta, implacable, le espetó, arrastrando lentamente las palabras:

—El mundo estará mejor con un cabrón menos. Muerto el perro, se acabó la rabia.

—¡Devuélveme mis llaves! ¡No quiero que vuelvas a entrar en mi casa sin estar yo! —replicó Nieves entre sollozos.

—Mejor, ya era hora de que me librara de este cargo. Ya va siendo hora de que te cuides tú solita. Ya veremos qué tal te va.

Y dicho esto, le tiró las llaves a los pies.

—¡Fuera de mi casa! —le gritó Nieves histérica.

Antes de girarse y salir, María la contempló durante un instante eterno, de esa forma suya, reprobadora e hiriente.

—De tu padre, los has sacado de tu padre —dijo al fin.

—¿Qué dices?

—¿Te acuerdas que, de niña, me preguntabas



continuamente de quién habías sacado tus ojos? Pues son de tu padre. Siempre que te veo así, rabiosa, me acuerdo de él.

—¡Fuera de mi casa! —repitió Nieves, extendiendo el brazo, amenazador, hacia ella.

Nada más salir María, cerró con un portazo. Y si su tía se hubiera descuidado un segundo más, es seguro que la habría sacado a empujones.

El tren se marcha y Tula se queda sola, llorando. Herminia apaga el televisor cuando aparecen los títulos de crédito. El silencio de la madrugada se apodera de su casa. «Qué película más triste —se dice— y qué tardísimo es». Se dirige al cuarto de baño donde orina, mientras contempla su dentadura, hundida en un vaso de agua. La mira con extrañeza, es como ver su propia risa burlándose de ella. Escucha al perro que comienza a ladrar frenético. Se acerca hasta la puerta del patio.

—¡Ven aquí!

El perro se acerca con el hocico gacho, casi arrastrándose, con el rabo entre las patas. Empieza a lamer sus tobillos.

—¿Qué te tengo dicho? Que no ladres por las noches. ¡No ves que es muy tarde y despiertas a la gente!

El perro apoya su cabeza sobre sus patas delanteras y la mira con sus enormes, oscuros y arrepentidos ojos. Ella le acaricia la frente y el lomo.

—Vale, venga, te perdono. ¡Pero no lo vuelvas a hacer más!

Llega al dormitorio. Se sienta en la cama. El calor es insoportable. Sabe que, todavía, no podrá dormirse en un buen rato. Enciende el transistor. El parte de Radio Nacional





habla de un terremoto en Irán, de más de un centenar de muertos. «No dejan de pasar cosas malas», se dice.

Sobre la mesita de noche tiene una foto que le mandó su sobrina. Está en lo alto de un mirador, contra una barandilla negra, debajo se ven muchos árboles y un pueblo de casas blancas y, más allá, el mar. «Así que aquí es donde dice que se va», piensa mientras mira la foto, retirándosela lo suficiente como para poder apreciar los detalles. «Tía, me voy a vivir a otro sitio», le ha contado muy alegre esta mañana, cuando la ha llamado para darle su nueva dirección y teléfono. «Ojalá tenga suerte la pobre», se dice.

Herminia se acuesta por fin. En la oscuridad del cuarto observa los visillos de su alcoba, apenas movidos por una tímida brisa que entra de la calle. «Qué calor», se repite, «A ver si empieza a refrescar». Inicia el rosario, el que todas las noches reza por sus difuntos. Hasta ella llegan los ladridos de su perro, coreados por los de los otros de los alrededores.

—¡Qué asco de animal! —exclama en voz alta.

De pronto, se incorpora en la cama. Enciende la luz. Aparta la ropa que ha dejado sobre el descalzador al desnudarse y aproxima una silla hasta el armario. Se sube en ella con mil precauciones y, desde el altillo, baja una maleta, la misma que se compró para llevarse al hospital cuando la operaron. Es una maleta negra, de tamaño mediano, con ruedas. La pone sobre el descalzador, abierta. Vuelve a la cama y la contempla durante un instante.

—Me tendré que comprar un bañador —se dice y apaga la luz.



La comitiva lleva el féretro de Denis hacia una tumba abierta entre las verdes colinas. El sacerdote lee el responso y, mientras, Karen contempla a un masai que asiste desde lejos, con su lanza y escudo. Después, ella, al pie de la tumba aún sin cubrir, recita un poema: «...sabio aquél que sabe escapar pronto de allí, donde la gloria no perdura...»

María llora, no deja de hacerlo ni cuando aparecen los títulos de crédito, ni siquiera cuando apaga el televisor. Todo ha quedado en silencio, un silencio atroz. Se seca las lágrimas y siente pánico de tener que acostarse, de adentrarse sola en su cuarto; y más cuando sabe que puede tardar mucho todavía en dormirse. Enciende de nuevo la tele y pulsa *play* en el mando a distancia. Aparece la llanura africana, la silueta de una acacia, las nubes remotas y altas, en ese instante justo antes de amanecer, cuando todo tiene un tinte azulado y borroso que se asemeja a un cuadro impresionista. El clarinete inicia el adagio de Mozart, con su susurro melancólico. Y, de pronto, en los confines del horizonte, surge una mancha anaranjada, de la que brota el Sol.

En una pequeña carpeta guardo algunas fotos sueltas, de las que tengo sin marco y no encajan en mis álbumes. Entre ellas está una que me regaló mi tía Herminia en una de las visitas que le hice, la única foto que tengo con mi padre. Ella la encontró entre las cajas con sus pertenencias. Recordaba haberla puesto





con la ropa y objetos que le envió a la cárcel. Es una foto en blanco y negro. Yo soy un bebé de apenas dos o tres meses envuelto en un arrullo del que sólo asoma un trocito de perfil. Entre los brazos de mi padre se me ve diminuta. Él me sostiene como con mucho miedo, apartándose de su cuerpo como si temiera aplastarme. Su cara se muestra algo espantada, como si la foto lo hubiera pillado a traición y, aunque trata de sonreír, el gesto le queda en un apretar los labios.

Quiero suponer que se suicidó porque no aguantó la pena, porque el remordimiento lo carcomió. Es verosímil aunque, ¿quién lo sabe? No dejó ninguna nota para explicarlo. Sé que es tan sólo lo que a mí me gustaría. Para mí todo resultaría más fácil, más tranquilizador y por eso me agarro a ello.

Guardo esa foto en su sitio y cierro, por fin, la caja con el precinto.

Harrison Ford entra en el piso a punta de pistola. Encuentra a Rachael cubierta por una sábana. Su semblante revela que la cree muerta. Descubre su rostro y comprueba que sólo duerme. Respira aliviado. Acerca su cabeza hasta la suya.

—¿Me quieres? —le dice.

—Te quiero —responde ella.

—¿Confías en mí? —le pregunta.

—Confío —contesta Rachael.

Y juntos emprenden la huida.

Apago el televisor. Su luz era la única que iluminaba el salón, por lo que todo queda a oscuras. Estoy tumbada en el sofá. Creo que dormiré aquí. Sólo de pensar en ir hasta mi





cuarto me dan escalofríos. En una especie de juego mimético infantil me cubro por completo con la manta, como Rachael, pero de inmediato me agobio y saco la cabeza, hace mucho calor, además hace tiempo que no confío en que alguien venga a mi rescate y libere mi rostro, por romántico que parezca.





«¿Por qué te vas?», me ha preguntado esta mañana mi tía. Pues porque, a fin de cuentas, todo el mundo tiene derecho a otra oportunidad. Quizá me vaya bien, o quizá no, pero, como dice una canción de Serrat, si te toca llorar, es mejor frente al mar.

Busco una posición cómoda. Sé que si no aprovecho este sopor y me desvelo, me pasará la noche en blanco, así que tengo que concentrarme en dormir. En el silencio escucho los gritos remotos de una pareja que discute, mas no llego a identificarla, pues eso suele ser común y todos los tabiques son demasiado estrechos. “Me voy, me voy”, me repito y decido seguir a lo mío y no pensar en ellos. Busco el sueño, como siempre, invocando alguna imagen bella de mi catálogo. Me topo con una playa extensa y desierta, en la que diminutas olas, que rítmicamente llegan a la orilla, emiten un chasquido leve y se convierten en espuma, tornándose el azul en blanco, una y otra vez, una y otra vez... Y me dejo llevar por el mar, me dejo raptar, por fin, por un sueño dulce y tranquilo.









Este libro se terminó de imprimir  
el 22 de Enero de 2011,  
festividad de San Anastasio,  
en los talleres de Yecla-Grafic.

LAVS DEO



## TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1. *El breve verano de Nefertiti*. Hiber Conteris ..... 1994
2. *El viaje*. Pura Azorín Zafrilla ..... 1995
3. *Gato por liebre*. Eduardo García Pérez ..... 1996
4. *La tercera vez*. Pilar Bellver ..... 1997
5. *El farero de Sheringham*. Óscar Montero ..... 1998
6. *La noche de Gulliver*. Elena Alemany ..... 1999
7. *La piel que te hice en el aire*. Rafael Marín ..... 2000
8. *Los mejores años*. Andrés Pérez Domínguez ..... 2001
9. *El tren*. María Vila ..... 2002
10. *Viento divino*. F. Javier Pérez Fernández ..... 2003
11. *Las fauces del diablo*. Francisco José Jurado ..... 2004
12. *El cornezuelo de cola azul*. José Antonio Palomares ..... 2005
13. *Lo que esconde el cuadro*. Beatriz Olivenza Bernardo ..... 2006
14. *Las cifras mandan, Balboa*. José Antonio Palomares ..... 2007
15. *El fantasma de John Wayne*. Jaime Molina García ..... 2008
16. *La joven del estanque*. María Luisa del Romero ..... 2009
17. *La podredumbre y el mar*. Adolfo Muñoz Palancas ..... 2010